

TRANSCRIPCIÓN DEL LIBRO

PONCHO

La legendaria vida de un perro polar argentino.

*

Una historia real de la exploración de nuestra Antártida.

AUTOR: Emilio URRUTY - Periodista y escritor radicado en Ushuaia, dedicado actualmente a la docencia
Audio de los textos de este libro, aquí: <http://marambio.aq/audio/poncho.html>

PRÓLOGO

En el año 2006 se creó la Comisión Organizadora del Año Polar Internacional Tierra del Fuego (decreto provincial 1304/06), con el propósito de difundir el conocimiento sobre la Antártida en la comunidad fueguina, dado su carácter de comunidad circumpolar, y resaltar la relevancia estratégica del continente blanco para la Argentina. Nuestro país mantiene una presencia estratégica de más de 100 años en el sexto continente y reclama derechos sobre parte del territorio antártico.

La Comisión está integrada por representantes de instituciones provinciales y nacionales de educación y ciencia, fuerzas armadas, museos con sede en esta provincia, diversas ONGs, gobiernos provincial y municipal comprometidos con la visión de una Argentina grande, que incluye la Antártida.

La Antártida guarda las reservas naturales más valiosas de la Tierra, lo que la hace codiciada por muchas naciones.

Por otra parte, los hielos de la Antártida cobijan otros tesoros invaluable como son las proezas de los valientes exploradores, que llevaron la bandera argentina hasta el Polo Sur, desafiando el inhóspito territorio y los agitados mares australes. Un colaborador imprescindible en esta época pionera de exploración fue el perro polar.

Este libro recoge la historia de Poncho, un ejemplar excepcional de perro polar que se destacó por su fuerza, inteligencia y lealtad, condiciones que lo convirtieron en un auténtico líder entre los perros adiestrados para arrastrar los trineos, único medio de transporte para los expedicionarios en esas primeras campañas antárticas. Poncho es nuestro héroe; sus hazañas han trascendido hasta ocupar un lugar en la historia nacional.

El lector tiene en sus manos un libro que relata una historia diferente de la exploración antártica. Un libro que a través de las acciones de Poncho transmite valores como el esfuerzo y la tenacidad, que son formadores para el carácter de nuestra juventud.

En nombre de la Comisión y a cargo de la Presidencia Honoraria en representación de la Universidad Tecnológica Nacional, considero que este libro es un aporte valioso para acercar emocionalmente a la comunidad fueguina al continente antártico.

Este libro ha sido posible gracias a la colaboración y entusiasmo de varias personas, entre las cuales deseo agradecer personal e institucionalmente al autor, Emilio Urruty, y a Fulvio Baschera, Gerente Ejecutivo de El Diario del Fin del Mundo, por su gestión para concretar la edición de este libro.

Liliana del V. ABASCAL
Presidencia Honoraria
Universidad Tecnológica Nacional
Diciembre 2009

PALABRAS INICIALES

La Gran Historia de la Exploración Antártica, hecha de sueños, corajes y sacrificios, nos pide hoy que contemos una de sus pequeñas historias: la vida legendaria -pero real- de un perro de trineo llamado "Poncho".

Entre todos los perros polares que trabajaron en nuestra Antártida, Poncho fue el más querido, el más respetado, y es aún al que mejor se recuerda debido a sus múltiples hazañas. Sin embargo, el prestigio individual de este animal, ampliamente justificado por una existencia a la que podríamos calificar como épica, llena de peripecias y extremos, se desborda en mito y así alcanza a cada uno de los cientos de canes que, como él, vivieron en el Antártico a lo largo del Siglo XX. Aquellos perros, y los hombres junto a quienes ellos supieron servir, vivieron sus aventuras durante una etapa heroica que difícilmente podría volver a darse.

Por cierto, Poncho pertenecía a una estirpe irreplicable, hoy extinguida. Descendía directamente de perros nórdicos, cuyas características habían sido modeladas a lo largo de miles de años para sobrevivir en el hostil ambiente polar. Corría por las venas de Poncho una sangre rica en aportes diversos, una mezcla de varias razas de perros que los antiguos pueblos del Ártico, a través de muchísimas generaciones, habían ido especializando para la tracción de trineos sobre hielo y nieve, y para trabajar bajo las más bajas temperaturas, que sólo se registran en los polos de la Tierra.

Esa cruce de sangres había dado lugar a una nueva casta de perros de trabajo, creada y desarrollada por el Ejército Argentino para actuar en la Antártida. Eran animales robustos, resistentes, dóciles e inteligentes. La raza fue conocida como "Perro Polar Argentino", y existió como tal unos cincuenta años. Fue el producto de la labor sostenida de una treintena de suboficiales enfermeros veterinarios. Pero hacia la década de los '90, disposiciones internacionales obligaron a retirar todos los perros del continente antártico. Así comenzó la extinción para este linaje notable, que hoy es apenas un recuerdo para los nostálgicos de aquellas épocas, y a lo sumo puede constituir una rareza para el estudioso de las razas caninas, presentes y pretéritas.

Así es: ya no quedan perros polares argentinos. Sólo en algunos rincones de la Patagonia, y también en la Tierra del Fuego, más precisamente en Ushuaia -la ciudad más austral y la más cercana al continente antártico-, viven unos pocos descendientes de aquellos animales formidables, ya muy mezclados. Y casi como un homenaje a sus nobles antepasados, estos perros de hoy, todavía portan arneses y tiran de sus trineos a través de los valles nevados del extremo sur de América.

Justamente allí, en Ushuaia, después de haber participado en las más gloriosas expediciones antárticas de la historia argentina tirando de un trineo, y de haber liderado patrullas a través de miles de kilómetros en las más difíciles condiciones de terreno y clima; tras haber salvado varias vidas en rescates temerarios, y haber sobrevivido a las traicioneras grietas glaciales y a muchos inviernos crudos; en fin, después de haber hecho todo lo que un perro polar ideal no sería suficientemente capaz de hacer, a Poncho le fue dado agotar sus últimos años con placidez, acompañado por viejos camaradas. Fue una recompensa silenciosa que el destino le tenía reservada, después de tantos esfuerzos.

Aún en el ocaso de su vida, el veterano héroe polar seguía irradiando dignidad. Muchos niños fueguinos venían a visitar a Poncho en su última morada. El perro pasaba los días mansamente echado en el jardín del hoy desaparecido Hotel "Antártida", y los chicos se acercaban a verlo con una mezcla de admiración y temor reverencial, como quien se arrima demasiado a un león. Entonces, el viejo perro sentía nuevamente el llamado de su raza, se incorporaba y, aunque fueran muchos, los llevaba a pasear por la ciudad nevada, sobre un trineo improvisado. Volvía a ser el valiente y confiable Poncho de sus mejores días antárticos.

Este extraordinario perro polar vivió extensa e intensamente. A lo largo de su trayectoria vital, supo entregar todo de sí en la tarea para la que había sido mejor dotado, tanto por naturaleza como por aprendizaje: la tracción de trineos. Siempre encabezando el tiro, guiando al grupo por las vías más seguras, en un territorio donde no existen los caminos y el blanco se extiende, desconcertante y cruel, a veces hasta el mismísimo horizonte.

Los otros perros del equipo, y hasta los hombres, confiaban ciegamente en Poncho. Se sentían protegidos con su sola presencia.

Todo en él inspiraba confianza y seguridad, incluso su cuerpo. Era macizo, con el pecho ancho, potente; el lomo alto y el cuello grueso, con abundante pelo doble; las patas robustas pero no pesadas; el dorso musculoso, de un denso manto color crema claro con manchas grisáceas; la cola plumosa, blanca, enrollada sobre el lomo, y erguida, señal inequívoca de una moral alta.

Y, por supuesto, estaba su cara. ¡Ah, la cara de ese perro...! Con las orejas oscuras, atentas; el hocico elegante, levemente más agudo que en otros perros polares, y como con un "bozal" de pelo gris; y la mirada inteligente, viva, afectuosa, de unos ojitos color almendra que parecían estar siempre escrutando a lo lejos, como anhelando el siguiente desafío.

Y sí: su excelente disposición para el trabajo era permanente. Un espíritu de exploración lo acompañaba desde los primeros tambaleantes pasos que dio en su lugar de nacimiento: la Base "Esperanza", en nuestra Antártida. Era su presteza lo que más lo destacaba de entre sus hermanos. Esa alegría de vivir nunca lo abandonó, a pesar del desgaste de las largas expediciones, y los peligros de algunas patrullas; incluso en situaciones de fuerte estrés, donde otro animal -aún el más preparado- no habría logrado sobrevivir.

Decíamos antes que no sólo vivió intensamente; Poncho alcanzó una edad mucho más alta que el promedio de la mayoría de los perros: casi 18 años. Merecía un "retiro honorable" y lo tuvo. Al morir, no pudo estar mejor acompañado; a su lado, cuidándolo, estaba uno de sus viejos camaradas antárticos (no canino sino humano, pero camarada al fin), con quien había compartido los radiantes días de la juventud, entre patrullas de rutina, internadas durísimas y expediciones de largo aliento hasta los confines polares. Perro y hombre se profesaban mutua admiración y amistad; estarían unidos también en el momento del adiós.

La existencia de Poncho estuvo signada por esos vínculos indisolubles que se forman entre quienes han compartido la experiencia de una aventura extrema. Desde cachorro, le tocó convivir con hombres excepcionales, dotados -también ellos- de una increíble tenacidad y resolución para enfrentar los desafíos. Duros, hechos a las inclemencias y a los silencios, aquellos antárticos eran, a su modo, unos soñadores, pero no soñadores ociosos, sino de éstos que ponen manos a la obra y convierten sus sueños en hechos.

Aquellos hombres eran también capaces de la ternura: llamados a permanecer durante tanto tiempo lejos del calor de su hogar, manifestaban el afecto dedicando a los animales muchas horas de juego y caricias, que eran recibidas dócilmente y retribuidas como ya sabemos que lo hacen los perros. Y, en medio de la hostilidad del terreno, sabían

que dependían unos de otros. Ese lazo afectivo los unió fuertemente como equipo y fue la base que hizo posible tantas expediciones, las muy conocidas y otras no tan divulgadas, que la Argentina, como país pionero en la exploración del Antártico, llevó adelante durante la segunda mitad de Siglo XX.

Alguien razonó que si “la Patria se hizo a caballo”, como suele leerse en los libros de historia, no es menos cierto que “la Antártida se hizo con perros de trineo”. Y es verdad. Se hizo con perros... como Poncho.

La historia que sigue es la de este perro excepcional. Es una historia absolutamente real. No fue necesario exagerar los hechos ni dramatizar situaciones para realzar la figura de Poncho, porque la documentación histórica existente era lo suficientemente abundante y descriptiva de sus hazañas. Consultamos, por ejemplo, una gastada Foja de Servicios, que el Ejército Argentino abrió para Poncho cuando éste nació, donde ha quedado registrada la actividad intensa que el perro desplegó en la Antártida; rastreamos sus huellas en los informes oficiales de cada expedición; buscamos testimonios de los hombres que trabajaron con él, que lo querían, lo admiraban y que aún hoy guardan de Poncho el mejor de los recuerdos. Ellos, que pasaron las mismas aventuras que el perro, son los que no dudan en llamarlo “héroe”, sabiendo que tal calificativo no le queda holgado.

En mi juventud, tuve la fortuna de haber conocido a los perros polares argentinos en acción, en la Base “Esperanza”, cuando todavía no se hablaba siquiera de evacuarlos de la Antártida. Y hasta pude recorrer algunos kilómetros con uno de esos trineos legendarios, tipo “Nansen”. Aquella experiencia ha vuelto una y otra vez a mi memoria mientras trabajaba en la redacción de este libro.

En forma intencional, no incluí en el relato nombres ni apellidos de personas, por más célebres o importantes que éstas hayan sido dentro de la historia antártica argentina. Nadie les quita haber sido los protagonistas indiscutibles de la epopeya que nos ocupa, pero bien pueden no figurar aquí. La omisión de sus nombres ayudará a iluminar mejor la gesta polar en toda su dimensión, sin enfocarnos en lo personal. En definitiva, ni siquiera se trata de celebrar la figura de Poncho, sino al espíritu que él supo encarnar. Y para eso no hacen falta los nombres ni los egos.

Emilio Urruty,
Ushuaia, Tierra del Fuego.
Primavera de 2009.

El explorador antártico que cobijó a Poncho hasta su muerte, hizo suyas las palabras que Lord Byron escribiera alguna vez como epitafio para su perro Boatswain:

*“Aquí reposan los restos de
un ser que poseyó belleza sin vanidad,
fuerza sin insolencia, valentía sin ferocidad,
y tuvo todas las virtudes del hombre sin sus vicios.
Este elogio, que sería adulación sin significado
si fuera escrito sobre las cenizas humanas,
es simplemente un justo homenaje
a la memoria de un perro”.*

PONCHO
1961-1978



CRONOLOGÍA DE PONCHO:

1961, 10 de abril: Nace "Poncho", hijo de "Coca" y "Flecha", en la Base Antártica "Esperanza".

1961: Durante primavera y verano, comienza su instrucción. Es atado por primera vez al tiro de un trineo, en la tercera yunta. Primeras patrullas cortas.

1962: Continúa su instrucción. Trabaja en la segunda o tercera yunta del tiro. Participa de patrullas de verano. Integra el grupo avanzado de reconocimiento a la Base "Teniente Matienzo" (ida y vuelta), con miras a la Expedición Terrestre Invernal Antártica entre bahía Esperanza y bahía Margarita. Recorre más de 1.000 kilómetros.

1963: Participa (a partir de ese año, siempre como perro-guía) en patrullas varias sobre mar congelado y tierra firme: Refugio "Cristo Redentor"; Refugio "Güemes" a Corredor Cerro Taylor; Esperanza - Punta Pitt - Esperanza; Esperanza a Crystal Hill; Paso Cap Farrell a Esperanza. Lidera el transporte de materiales para la construcción del Refugio "San Nicolás". Recorre más de 1.500 kilómetros.

1964: Participa de patrullas varias. Recorre más de 500 kilómetros. En diciembre es transferido a la Base "General Belgrano".

1965: Participa de la Primera Expedición Terrestre Argentina al Polo Sur Geográfico ("Operación 90"). Integra la Patrulla de Reconocimiento "Paralelo 82", que explora el cordón de nunataks Santa Fe. Integra la Patrulla de Auxilio

que rescata a los sobrevivientes del avión "AE-205", accidentado al Sudeste de la Base "General Belgrano". Recorre 1.000 kilómetros.

1966: En verano, salta en paracaídas desde un helicóptero, junto a otros dos perros, dos oficiales y cargas varias, como parte de un ejercicio de rescate, cerca de la Base "General Belgrano". En primavera participa de una patrulla de reconocimiento desde la Base "Belgrano" hasta la estación "Shackleton" (británica) con miras a la Expedición a la Barrera de Hielos Filchner: desde "Belgrano" hasta la caleta Jardiner, en noviembre de ese año, en la que también actúa, haciendo reconocimientos hacia la Península Antártica y península Bowman. Recorre unos 250 kilómetros.

1967: Participa de una campaña invernal, que parte de la Base "Esperanza" y hace paradas en el Refugio "Güemes", el Refugio "Cristo Redentor", y la isla Acantilado, con regreso a "Esperanza". En primavera participa de varias patrullas entre la Base "Esperanza", el Refugio "View Point", el Paso Fuerte, entre otros puntos, con regreso a "Esperanza". Recorre unos 250 kilómetros.

1968: Participa de la patrulla que recupera los restos del avión "AE-205" (accidentado en 1965 al Sudeste de la Base "General Belgrano").

1969/71: Participa de patrullas cortas. Es relevado de tareas pesadas.

1972: No trabaja.

1973: Es trasladado en el rompehielos "San Martín" hasta Ushuaia, donde lo recibe la familia Giró y lo alberga en el Hotel "Antártida", de su propiedad.

1976: Sufre un accidente en Ushuaia y un veterinario aconseja sacrificarlo. La familia se niega.

1977/78: Participa de desfiles cívico-militares en Ushuaia, en exhibiciones invernales y en eventos varios, tirando de un trineo, llevando niños fueguinos como pasajeros.

1978: En primavera, Poncho muere en Ushuaia. Se intenta su taxidermización (embalsamamiento), sin éxito.

1979: La noticia de su muerte aparece publicada en el periódico "Semanario de Actividad Territorial", de Tierra del Fuego, y diario "La Prensa", de la ciudad de Buenos Aires.

1998: Se abre un local comercial con el nombre de "Poncho". Su logotipo es la cara de un perro polar.

2007: Se funda en Ushuaia la Agrupación Social y Deportiva "Poncho Mushing", para la enseñanza y práctica del manejo de trineos de perros.

2009: Se publica esta biografía de Poncho, como parte de la celebración de la "Semana de la Antártida en Tierra del Fuego" (3ra. Edición). Lanzan una convocatoria para erigir un monumento a Poncho en Ushuaia, en el "Paseo de Pioneros Antárticos", sobre la avenida costanera Maipú, a orillas del canal Beagle.

I. Nacido para explorar

Estas páginas cuentan la historia de un perro antártico de trineo, llamado Poncho. Era un típico perro polar argentino, grande, muy fuerte, de abundante y espeso pelaje blanco cremoso, con algunas manchas grisáceas en el lomo y en la cabeza. La cara era inconfundible (quienes lo conocieron no pueden olvidar aquella "máscara" única): en ella se adivinaban algunos rasgos de sus antepasados más antiguos, los perros-lobo del Ártico, con las orejas en punta, triangulares y oscuras, manchas a los lados de los ojos y como con un bozal gris en el hocico, típico de algunos perros groenlandeses. Pero que nadie piense que eso lo hacía lucir feroz. No. La expresión general del semblante de Poncho era franca, amigable. Su gesto era dócil y afectuoso, de una inteligencia viva. Sólo le faltaba hablar. Estaba bien acostumbrado a las personas y disfrutaba estando con ellas: había nacido en la Antártida, en una base argentina de significativo nombre, "Esperanza", rodeado por hombres que lo atendieron y mimaron desde el instante mismo en que nació, el 10 de abril de 1961.

Ya desde sus primeros días, Poncho se destacó por ser el cachorro más juguetón de la camada. Sus hermanos lo seguían en cada paseo que él proponía. Había venido a este mundo para explorar y, si podía, para encabezar el grupo. Así habría de hacerlo hasta el fin de sus días de aventura polar.

En aquellas primeras jornadas de descubrimiento del lugar donde le había tocado nacer, Poncho comprobó que una gran actividad se desarrollaba dentro y fuera de las casas. Los hombres de la Base "Esperanza" iban y venían, con sus gruesos abrigos color naranja, pesadas botas blancas de lona encerada y suela de goma negra, y con mitones en las manos. Algunos pasaban casi todo el día con los perros, al aire libre, bajo implacables temperaturas, instruyéndolos, acostumbrándolos a los arneses, a los trineos y a las voces de mando, o saliendo con ellos a patrullar.

Animales y humanos se unían en el trabajo común. Aprendían a reconocerse por la voz y los ladridos, por el olor, por los gestos, por las miradas. Era su gusto, y su deber, conocerse profundamente, formar un equipo, confiar unos en los otros, saber de qué eran capaces si el destino los ponía a prueba.

Las patrullas en trineo de perros podían ser cortas o largas, pero bastaba alejarse lo suficiente de la base para entender que, a partir de ahí, la supervivencia del grupo corría por su exclusiva cuenta. Todo dependía de ellos, de su capacidad para planificar la travesía, primero, y luego, de su resistencia para superar las largas jornadas y las condiciones del viaje, previstas o imprevistas.

El clima podía cambiar repentinamente; podía desatarse una ventisca que obligase a detener la marcha, acaso por varios días. Quizás apareciesen obstáculos insospechados en el terreno que pisaban. Muchas veces ese “terreno” ni siquiera merecía ser llamado así, porque era en realidad mar congelado. La capa de hielo marino resultaba muy apropiada para avanzar, sobre todo cuando ésta estaba firme, pero su firmeza no era permanente: en cualquier momento podía empezar a descongelarse sin previo aviso, fracturándose en mil escombros flotantes. Y cuando esto sucedía, las patas de los perros comenzaban a hundirse en el agua gélida, entre llantos y aullidos que crecían, y el pánico se apoderaba de ellos. Sólo podía salvarlos la firme voz de mando del hombre que conducía el trineo y la decisión del perro guía. La comunicación entre ambos era clave.

Las grietas en el hielo eran otro de los peligros, acaso el más traicionero y frecuente. Acechaban ocultas, disimuladas bajo una fina capa de nieve recién caída y alisada por el viento. No era posible verlas, por más que uno aguzara la vista. Ciertos perros eran capaces de presentirlas: según se dice, las detectaban mediante el olfato. Pero no todos podían hacerlo. Así que había que ser extremadamente cuidadoso, porque algunas grietas eran tan anchas y tan profundas como para tragarse un trineo entero. Y, en caso de una emergencia como ésa, tenían que arreglárselas, perros y hombres, solos en medio del implacable desierto blanco. Tenían que ser un equipo, para cumplir el objetivo de la misión y volver a la base, sanos y salvos.

Poncho debía aprender a moverse en ese ambiente lleno de peligros. Tenía las condiciones; sólo necesitaba que le dieran la oportunidad de demostrarlo.

II. Los primeros pasos de un perrito polar

El cachorro pasó los primeros meses de su vida, el otoño y el invierno de 1961, cerca de su familia. Rondaba las casas, provocaba a otros cachorros y alguna vez intentó “visitar” la pingüinera cercana, para terror de los pingüinos Adelia que allí vivían.



“Coca”, su madre, era una hermosa perra, de expresión vivaz, muy veloz y obediente. “Flecha”, el padre, era un animal de porte imponente, y con sus casi 50 kilos de peso tiraba del trineo con gran energía. Ambos mostraban en su fisonomía una mezcla de rasgos característicos de las razas caninas tradicionales del Polo Norte, sobre todo del Malamute de Alaska, y también del Perro Groenlandés y del Husky. Esas “sangres” habían sido elegidas por especialistas del Ejército Argentino para conformar una nueva raza de perros de trineo: el Perro Polar Argentino.

Presentes en los genes de todos los perros de las bases argentinas, estas tres razas -junto con aportes menores de otras castas árticas primitivas, como el antiquísimo Bjelkier (“perro blanco”, de los nómades del norte de Rusia) o el Perro Esquimal de Canadá (el “qimmiq” de los inuit)- habían formado un tipo de animal perfecto para vivir y trabajar en la Antártida. Los padres de Poncho eran claros exponentes de esa fusión de sangres y como tales habían estado sirviendo bien, por naturaleza y por adiestramiento, haciendo lo que se esperaba de ellos. Ahora cumplían con la Patria aportando sus crías a una nueva generación de cachorros de la “raza en formación” que el Ejército Argentino había decidido crear y desarrollar, como una de las tantas acciones de un ambicioso plan nacional para ocupar efectivamente el sector antártico más cercano a nuestro territorio.

Esa ocupación había comenzado ya en 1904, con una pequeña estación meteorológica en la isla Laurie, del grupo de las Orcadas del Sur. Luego se instalaron más bases argentinas (sobre todo al sur del Círculo Polar Antártico); se fundó un instituto científico para concentrar el estudio de temas antárticos; se mandó construir un buque rompehielos; se exploró y se cartografió mucho; se instalaron refugios; se imaginó un “caserío polar” a partir de una base que estuviera habitada por familias, con escuela y todo.

Y ese impulso inicial ha sido sostenido a lo largo de los años, con todo el esfuerzo que fue posible, con los altibajos de cada época. También se recorrió la Península Antártica de punta a punta, y se alcanzó por tierra el Polo Sur geográfico. En ambas expediciones se usaron trineos de perros y tractores a motor, combinados.

(¡El Polo Sur...! Hasta ahí llega el mapa de nuestro país, y en ese entonces nadie lo dudaba. En aquella época, los argentinos pensábamos a largo plazo. Y para llevar adelante nuestros anhelos echábamos mano de todos los medios disponibles, empezando por la voluntad. Gracias a aquel espíritu, a esa convicción, todavía estamos ahí, sosteniéndonos.)

El trineo de perros ya estaba asimilado como el medio de transporte más fiable, seguro, liviano, económico y versátil para moverse en los ambientes polares. Lo usaban los pueblos del Ártico desde hacía miles de años, ¿por qué no habría de usarse también en el Antártico? De hecho, la expedición sueca de 1902 -uno de cuyos integrantes era argentino- se movió con perros a lo largo de unos 600 kilómetros, por la costa Este de la Península Antártica. Todo un antecedente.

Claro que con el uso de perros no se pretendía desplazar a los más modernos vehículos a motor, con tracción a orugas, pero en numerosos casos el trineo demostraría ser mucho más eficiente. Ya lo había hecho en la carrera por la conquista del Polo Sur, en 1911, y en otras expediciones posteriores. Los tractores todavía fallaban, eran demasiado pesados y sus mecanismos se congelaban; los ponis siberianos llevados por los británicos no habían tolerado las bajas temperaturas y habían muerto tras agonías injustificables... En cambio, los perros seguían en carrera y la Argentina apostaba fuertemente por ellos.

Así fue que, hacia 1951 (diez años antes de que Poncho viniera al mundo), unos treinta suboficiales enfermeros veterinarios del Ejército fueron convocados para trabajar en una rigurosa selección de animales y para llevar adelante un cruzamiento sistemático, a fin de generar una base genética y un estándar para la futura raza de perros. En realidad, más que un estándar, y lejos de querer criar mascotas de compañía o “accesorios de moda” (como parecen ser algunas razas caninas actuales), lo que se buscaba era que los perros polares argentinos fueran animales funcionales, fuertes, inteligentes y obedientes, que realmente sirvieran en la tracción de trineos. Era el mismo criterio que habían seguido por generaciones los viejos pueblos árticos en la crianza de sus propios canes. No importaba demasiado el aspecto del animal o el color de su pelaje, sino su actitud ante el trabajo y su eficiencia en el tiro. En eso andaban, cuando nació nuestro amigo, que tenía en potencia muchas de las características que se buscaba establecer como norma para los perros polares argentinos: la fuerza tractora de los Malamutes, la dureza y resistencia de los Groenlandeses y la ductilidad de los Huskies, sin hablar del carácter, que en Poncho reunía lo mejor de cada raza.

Mientras tanto, y a pesar de ser todavía un cachorro, entre los miembros de la dotación de la base, Poncho era además todo lo popular que un perrito de trabajo puede ser. Con su “cara sucia” y su don natural para el juego y para tomar la iniciativa, ya se había ganado la simpatía de los hombres, y el respeto de toda la jauría.

Como se hacía con cada perro polar que nacía en las bases argentinas, en “Esperanza” se abrió un legajo también para Poncho. En esa carpeta figuraban: todos sus datos de identidad y filiación (muy importante para evitar la consanguinidad en futuros cruzamientos); una foto (que se actualizaba hasta que el animal alcanzaba la edad adulta); una ficha relativa a su instrucción (nombre del instructor, concepto de su rendimiento año por año); observaciones sobre su temperamento y capacidad para el trabajo; una foja de servicios en que se detallaba las campañas realizadas año por año, los kilómetros recorridos y la evaluación que se hacía sobre su trabajo; además de una completa ficha veterinaria, donde se anotaba la fecha de aplicación de vacunas, el tratamiento de heridas o enfermedades, etc.

“¡Poncho...! ¡Qué bien suena el nombre de este perro!”, decían todos en la Base. “¿Por qué lo habrán llamado así? ¿Será por lo lanudo y abrigado?”, se preguntaban, sonriendo. “¿O será porque nos cubrirá algún día, nos protegerá cuando andemos de patrulla, a la intemperie?”, pensaba otro, imaginando los años por venir.

En cualquier caso, acertaban. Bastaba ver a Poncho de cerca para darse cuenta de que habría de convertirse en poco tiempo en un magnífico ejemplar de perro polar, en un arquetipo de la raza, dotado de un pelaje soberbio, capaz de rivalizar con los antiguos “perros-manta”, que los nómades samoyedos de Siberia usaban como abrigo en sus campamentos, simplemente echándose a dormir junto a ellos, o para “resucitar” a alguna víctima del frío extremo. Gracias al manto multicapa que lo envolvía (lana, pelo y subpelo denso e impermeable, más una capa aislante de grasa subcutánea de dos centímetros de espesor), Poncho y los demás perros polares argentinos estaban prácticamente “blindados contra el frío”, como alguien afirmó. Al menos por su cobertura exterior, se trataba de verdaderos “ponchos”, capaces de soportar temperaturas por debajo de los 70 grados bajo cero. Hay registro de que, cierta vez en que una patrulla visitaba la base antártica rusa Vostok, el termómetro marcó menos de 83 grados bajo cero (casi el récord mundial, que fue de -89,2 grados, en ese mismo lugar), y aún así, los perros permanecieron afuera, enroscados sobre sí mismos, pero bien vivos. Realmente, eran unos verdaderos ponchos, todos ellos. Pero también era cierta esa imagen más simbólica, la de que Poncho “cubriría” y daría protección a sus compañeros de aventuras, cuando estuvieran desamparados en medio de la nada. En efecto, eso ocurriría en poco tiempo más, apenas se presentasen las condiciones para que sus capacidades quedasen a la vista.

El nombre “Poncho” era ciertamente muy apropiado. En general, los apelativos que les daban a los perros polares argentinos eran agradables y fáciles de recordar. A veces se debían a alguna característica física del animal o de su carácter, y otras veces simplemente era una palabra que surgía en medio del trabajo y resultaba “aprobada” por los miembros de la dotación.

Dardo, Tango, Gringo, Flecha, Lobo, Gitano, Trapo, Reno, Indio, Canela, Bucky, Gaucho, Pato, Crema, Pampa, Toro, Lana, Boby, Tucho, Dusky, Coca, Duque, Tita, Marino, Polar, y otros más curiosos, como Ombú, Careta, Andresito, Mate, Pimpollo, Arrancol, Lapataia, Pincén, Sombra, Zapiola, Sapo, Feo, Alí, Santo y Primavera, eran algunos de los tantos nombres que recibieron estos perros. Debían ser palabras cortas, de fácil pronunciación y, en lo posible, que resultasen inconfundibles para los animales. Ellos tenían que reconocer su nombre desde el principio.

Los cachorros podían mostrar rápidamente sus aptitudes; simplemente había que observarlos durante sus juegos con otros perros. Poncho, además de tener iniciativa, mostraba tenacidad y a veces hasta fiereza para imponer su voluntad. Jugaba, pero siempre jugaba a ser el líder.

III. Ganándose un lugar en el trineo

Muy pronto descubrió que había algo más interesante para hacer que jugar con otros cachorros. Sus instructores, un oficial y un suboficial, que lo conocían bien, le calzaron un arnés de su medida y lo ataron al tiro de un trineo. Querían probar su inteligencia para reconocer y obedecer las órdenes. Era muy importante lograr esto en un perro a edad temprana, porque hasta el momento, los perros-guía de la jauría de la Base “Esperanza” habían sido algo rebeldes o distraídos, no obedecían, y eso obligaba a que un hombre debiese ir por delante del tiro, conduciéndolos, mientras trataba de mantener el rumbo orientándose con la brújula en la mano.

Así, la marcha se veía entorpecida por las sucesivas paradas. No se avanzaba, y todos, perros y hombres, se cansaban. Además, se trataba de un procedimiento extremadamente peligroso: un hombre adelante, además de ser incapaz para detectar una grieta, era el candidato perfecto para caer en una. El perro-guía, en cambio, iba unido al trineo gracias al arnés, y repartía el peso sobre sus cuatro patas. Resultaba menos vulnerable.

En aquellos días, dos perrazos blancos llamados Reno y Gaucho actuaban como líderes del tiro, aunque cumplían con su rol sin demasiado entusiasmo. Había otro, que respondía al nombre de Indio, que era muy camorrero, y de tanto pelear tenía “el cuero *picoteado*”, como dice el tango. Pero era valiente en zonas de grietas y por eso iba adelante.

Con sólo seis meses de edad, el joven Poncho ocupó un lugar entre las yuntas que tiraban de los trineos. Al principio era uno más, pero pronto demostró un ímpetu en el empuje y una inteligencia tales que los instructores comprendieron que estaban en presencia de un futuro guía. Aprendía rápido y estaba siempre dispuesto. En muy poco tiempo, Poncho se ubicaría al frente del grupo.

Un dato a considerar: las hembras se destacaban por ser muy buenas guías. No se distraían tanto como los machos y ejercían sobre la jauría un cierto poder, acaso más sutil, sin necesidad de recurrir a la violencia. Y eran más obedientes.

Es que, básicamente, los perros de trineo que aspirasen a liderar el tiro debían imponerse naturalmente a la jauría, y ser capaces de responder correctamente a las voces de mando del conductor. Si el hombre decía “¡Drek!”, el perro debía doblar hacia la derecha, y si se le ordenaba “¡Quierr!”, debía hacerlo hacia la izquierda. Muy fácil. Pero, a pesar de su simplicidad, algunos perros no podían seguir ese procedimiento básico.

Hay quienes sostienen que la distracción o la desobediencia en un perro de trineo pueden deberse a los sucesivos cambios de instructor, o a la falta de coherencia en las órdenes que recibe, o a una práctica poco frecuente. Estos factores, entre otros, claro, suelen confundir a los animales provocando que adquieran mañas muy difíciles de quitar.

Las órdenes o voces de mando específicas para la dirección de trineos de perros tuvieron su propia evolución en nuestra Antártida. No todos los instructores usaron el mismo código; por ejemplo, algunos ensayaron con buenos resultados las órdenes que, al parecer, eran tradicionales entre los inuit: “Auk” para la derecha, “Irra” para la izquierda (pronunciado como un gruñido “aigrr”). No son las que utilizan hoy muchos “mushers” en las actuales carreras de trineos, que en cambio dicen: “Gee” (pronunciándolo “shí”, para indicar derecha), y “Haw” (“Jo”, para izquierda). También se usa “Gosh” (del francés “Gauche”) para indicar el giro a la izquierda, “Huit”, para ir más rápido, etc. Y hay tantísimas otras combinaciones, según los gustos y el mayor o menor éxito que obtenga con ellas cada conductor. Algunos instructores y patrulleros antárticos usaban también el clásico sonido de beso, repetido y rápido, para aumentar la velocidad, o el “Siga, siga” para mantener el ritmo de marcha; y el “Ohhh...” sostenido para detenerse suavemente, como se estila con los caballos en el campo. El “¡Alto!”, “¡Pare!” o “Stop” eran y siguen siendo válidas, aunque hoy se utiliza una expresión que suena como “Jú-a”, también para detenerse.

Como quiera que fuesen, Poncho aprendió rápidamente las órdenes. Una vez, el oficial que lo adiestraba se ciñó una ancha cincha a la cintura, con una larga tiradera, y ató a Poncho al otro extremo. Le dio la orden de avanzar, luego ¡Auk! para girar a la derecha, luego ¡Quierr! para la izquierda, y así. Con cada nuevo giro, Poncho más se entusiasmaba. ¡Costó detenerlo! Era tanta la potencia de arrastre del animal, que el oficial terminó el día agotado. Agotado, pero feliz, porque el perro respondía.

Llegaron a practicar una especie de “slalom” entre unos postes que había en la Base, una y otra vez durante toda una semana, al cabo de la cual Poncho ya estaba prácticamente listo para salir de patrulla. El instructor solía dedicar furtivamente algunas porciones de su propio “corned beef” (carne enlatada) para alentar al perro en sus aprendizajes diarios.

Sin embargo, el cachorro (que ya tenía un físico enorme para su edad, con casi 25 kilos) todavía tenía que pulir sus modales. Es que por momentos trataba a sus compañeros de tiro con un poco de agresividad, y eso provocaba peleas. Las jaurías, especialmente las de perros de trineo, son organizaciones fuertemente jerarquizadas; el Ejército también (¡y Poncho pertenecía a ambos mundos!).

Uno aprende a mandar a otros sólo si antes ha educado su propia obediencia. Los instructores entendieron que era necesario atar a Poncho al trineo con mayor frecuencia. Fue puesto a trabajar como “Número 5”, y a veces hasta en la tercera yunta, con los “troncos”. Allí aprendió, entre otras cosas, a medir su fuerza, a sostener un ritmo de marcha constante, a convivir con los demás, a compartir, a esperar. No era él el único perro importante del equipo; si lograba entender esto, quizás podría con el tiempo convertirse en un buen guía, en el “Número 1”.

IV. La Expedición Terrestre Invernal Antártica, de 1962

Mientras le tocó ser uno más de la jauría, Poncho tuvo la ocasión de realizar varias patrullas de exploración, y hasta una excursión larga, que sería la primera de su vida. A principios de 1962, un grupo partió desde la Base “Esperanza” con rumbo sur, hasta el glaciar Victoria, con la misión de efectuar un reconocimiento del terreno. Todo apuntaba a una expedición mucho más importante, que se estaba proyectando para el invierno de ese mismo año. Se trataba de la célebre Expedición Terrestre Invernal Antártica, que uniría la Base “Esperanza”, situada sobre la bahía de igual nombre, con la Base “General San Martín”, levantada a orillas de la bahía Margarita.

Ambas bases estaban distantes entre sí unos 800 kilómetros en línea recta, lo que suponría un recorrido total de ida y vuelta de más de 2.000 kilómetros, a lo largo de la Península Antártica, sobre la Barrera de Hielos Larsen y los Andes Antárticos. Casi cinco meses de travesía en pleno invierno polar. Una verdadera epopeya.

El grupo que integraba Poncho se dirigiría, en principio, hasta la recientemente inaugurada Base “Teniente Matienzo”, construida sobre uno de los nunataks Foca. “Nunatak” es la palabra que en inuktitut (la lengua de los inuit, o esquimales) define a cualquier afloramiento de roca rodeado por un glaciar; significa literalmente “pico solitario”. Algo así como una isla en medio del hielo. La Base “Matienzo” está más precisamente sobre el nunatak Larsen, uno de esos “picos solitarios” del grupo Foca. Ese lugar serviría como primera escala en la gran expedición.

La marcha comenzó el 14 de junio de 1962. Durante casi un mes, perros y hombres marcharon a paso lento, condicionados por las fuertes pendientes, la gran acumulación de nieve y las interrupciones constantes por las grietas ocultas, que representaban el mayor peligro. Los vehículos a motor que formaban parte del grupo sufrieron varias caídas en esas trampas invisibles, que medían en algunos casos hasta 300 metros de profundidad.

Los Sno-cats 443-A, dotados de orugas articuladas en sus cuatro pontones y un motor de 115 caballos de fuerza, pesaban por sí solos unos 1.800 kilogramos, y llevaban sus correspondientes trineos de arrastre, cargados con pesos de hasta 2.000 kilos. Cuando cruzaban una grieta, casi siempre era el tren trasero el que tendía a hundirse. Era la parte del vehículo que soportaba el mayor peso. Y afortunadamente sucedía así, porque de haber caído el tren delantero, serían los componentes vitales del aparato (motor, faros y sistema de refrigeración) los que se hubiesen visto dañados.

Como los Sno-cats iban “encordados”, es decir, unidos entre sí por cables de acero o gruesas cuerdas de nylon de entre 50 y 80 metros de largo, siempre existía la posibilidad de traccionar al vehículo caído. (Más adelante veremos cómo los trineos de perros evitaban caer en aquellas fisuras, de un modo más elemental, pero muy efectivo.)

Habiendo dejado atrás la base “Matienzo”, el 29 de julio la Expedición cruzó el Círculo Polar Antártico (en la latitud 60 grados Sur) y continuó la marcha por varios días más hasta alcanzar la caleta Carretera. En esa etapa, la columna debió enfrentar la temperatura más baja de la campaña, que fue de 42,5 grados bajo cero.

En ese contexto, el frío extremo no resultaba desalentador, como podría pensarse. Al contrario. Es cierto que afectaba seriamente a los vehículos a motor en muchos aspectos, pero al menos garantizaba la firmeza del suelo, que en la mayor parte del recorrido era simplemente mar congelado. En ese sentido, durante las etapas de regreso de esta expedición, que se desarrollaron en plena primavera de 1962, el camino presentó las típicas dificultades asociadas al descongelamiento del hielo marino.

Los Sno-cats, pesadísimos en comparación con los trineos de perros, se hundían en una sopa gris de casi un metro de profundidad, por lo que la única alternativa viable era la tracción animal.

Otro de los problemas que enfrentaron los expedicionarios fue el casi continuo mal tiempo. Ventiscas que se prolongaban por días y días tapaban de nieve los vehículos, los campamentos, todo. Los hombres debían hacer guardias rotativas permanentes con la sola misión de mantener desenterrados a los equipos y a los perros.

Tras una noche de tormenta, a la mañana siguiente era posible no encontrar más que un manto blanco. El panorama era desolador: se veía como si los animales hubiesen decidido huir en masa durante la noche. Pero no; estaban ahí mismo, bajo uno o dos metros de nieve, acurrucados, esperando que el temporal amainase.

Cuando por fin la marcha se reanudaba, el avance se volvía aún más lento por lo pesado del suelo. La nieve caída todavía no estaba compactada. Pero al menos se avanzaba.

Los Sno-cats quedaron en caleta Carretera, y los hombres continuaron sólo abriéndose camino con dos jaurías de ocho animales cada una. El 17 de agosto los trineos comenzaron a atravesar la península para cruzar la Cordillera Antártica. De paso, se daban el lujo de honrar a Don José de San Martín en la fecha que lo recuerda, y haciéndolo nada menos que con un memorable Cruce de los Andes... Antárticos. Definitivamente, la Expedición había sido muy bien planificada.

Por fin, la Base “General San Martín”, cenit de la travesía, fue alcanzada en trineo de perros el 25 de agosto. A lo largo de una semana completa, los canes habían tenido que traccionar cuesta arriba hasta los 1.842 metros sobre el nivel del mar, punto más alto de la meseta que sirve de marco a la Base.

La “San Martín”, ubicada a orillas de la bahía Margarita, estaba desocupada en esos momentos. Los expedicionarios se instalaron allí, y permanecieron todo un mes, reponiéndose del esfuerzo. En realidad, juntaban fuerzas para el regreso, que —como ya vimos— tampoco sería fácil.

El mes no pasó en vano: se organizaron patrullas cortas por los alrededores, se reabastecieron refugios cercanos como el “Yapeyú”, y se hicieron reparaciones en el equipamiento.

Apenas dejaron “San Martín”, el espantoso clima predominante comenzó a castigarlos. El camino que antes habían hecho en ocho días (de caleta Carretera a bahía Margarita), esta vez les estaba demandando el doble. Vientos huracanados y visibilidad cero eran las condiciones que encontraban cada vez que asomaban la cabeza por el agujero de las carpas.

Preocupaba sobremanera poder salir cuanto antes de esa situación y alcanzar los Sno-cats que habían quedado en caleta Carretera, con la carga principal. Es que los trineos de perros tenían una autonomía de 20 días, no más que eso. Si ese plazo se vencía sin haber logrado salir, los expedicionarios iban a verse en la triste obligación de sacrificar a alguno de sus compañeros caninos, y alimentar con su carne al resto de los perros. Aunque la idea les repugnaba, era lo que se había hecho en las expediciones clásicas en ambos polos.

Por fortuna, se produjo un claro en la tormenta y la marcha pudo reanudarse. Pero los hombres quemaron casi todas sus reservas de energía en esos primeros días de regreso a “Esperanza”, desesperados por salir cuanto antes. La huella en la nieve blanda debía ser abierta paso a paso, si no se quería extenuar a los perros. Aunque estaban muy bien alimentados, todos perdieron peso, incluidos los animales.

Vale mencionar que la dieta de los perros polares consistía en una ración diaria de medio kilo de “pemmican”, que era una mezcla compuesta por: 325 gramos de carne en polvo, 100 gramos de grasa, 57,5 gramos de avena, 2,5 g de sal, 5 g de aceite de hígado de bacalao y 10 g de lactato de calcio.

Algunas expediciones echaban mano de los abundantes recursos alimenticios existentes en la Antártida para, en la medida de lo posible, alimentar a sus animales con carne fresca. Se cazaban focas o se permitía que los perros atrapasen algunos pingüinos. Ese saludable cambio de dieta les renovaba los bríos, y ponía brillante y untuoso su pelaje.

El encargado de las jaurías durante aquella Expedición Invernal era un cabo primero muy querido por todos. Amaba a los animales, y no perdía detalle de lo que le pasaba a cada perro, todos ellos diferentes entre sí. Es que en los tiros de los trineos convivían animales viejos y jóvenes, más o menos pesados, según sus fisonomías diversas y la mezcla de razas que los componía. Entre ellos, algunos eran descendientes de los primitivos 39 animales comprados en

Alaska por el Ejército Argentino, y de otros 40, oriundos de Groenlandia, traídos en 1954 para reforzar las primeras jaurías.



Fue un célebre y decidido coronel, principal impulsor de la presencia argentina en la Antártida, quien tuvo la visión de adquirir aquellos animales y traerlos hasta aquí. Este oficial había sido enviado a Alaska en 1949, para capacitarse en técnicas de exploración ártica, y no volvió con las manos vacías: trajo los primeros perros polares y muchos proyectos.

Aquel pionero, años más tarde, recordaba con dolor la pérdida de los dos mejores animales de su grupo, desaparecidos en grietas durante una patrulla cercana a la Base "San Martín", fundada por él en 1951. Sin perros-guía, sus posibilidades de exploración se vieron reducidas casi a la inmovilidad. "Lleva mucho tiempo adiestrar a un nuevo perro para que lidere el trineo", afirmaba.

Lleva mucho tiempo; al menos, eso es lo que dice la mayoría de los adiestradores de perros. Pero Poncho fue la excepción. Como ya vimos, su primer instructor, un oficial que actuó como segundo jefe de la gran Expedición Terrestre Invernal del '62, ocupó sólo diez días (salteados, a lo largo de un mes, y sólo un par de horas diarias) en enseñarle lo fundamental. Claro, fue un trabajo individual, "personalizado" podríamos decir, entre el oficial y el perro. Terminaron haciéndose grandes amigos.

Por supuesto, Poncho ya tenía aquel don, y el hombre supo sacarlo a la luz. De hecho, fue durante el regreso desde la Base "San Martín" cuando Poncho fue colocado por su oficial instructor en el puesto Número 1 del tiro. No iba abriendo camino, es cierto, pero seguía con eficiencia la huella del otro trineo, y eso era suficiente. Tenía ya un año y medio de edad.

Poncho ya había adquirido un hábito que lo acompañaría el resto de su vida: apenas el trineo se detenía en medio de la marcha, indefectiblemente el perro se echaba y se daba vuelta hacia donde estaba el conductor. Antes de reiniciar la patrulla, el instructor le hablaba despacio, para que se fuera preparando y, cuando le daba la orden, Poncho salía rápidamente hacia adelante. Era muy inteligente.

Aunque suene insólito, antes de iniciar la marcha de cada jornada, los expedicionarios antárticos observaban a sus perros, sobre todo a los veteranos, que tenían muchas más campañas en su haber. Ciertos comportamientos de los animales podían indicar que se avecinaba una tormenta, por lo que a veces era preferible posponer la partida. Y lo increíble es que tal pronóstico raras veces fallaba.

De igual modo, las patrullas confiaban en sus perros-guía y en algunos otros, que denominaban "huellers", para seguir un rumbo definido trazado con antelación. El sentido de orientación de los perros polares argentinos, aún bajo condiciones meteorológicas adversas, era siempre un motivo de asombro, y hasta de incredulidad, para los integrantes recién llegados a una base antártica, o para los miembros de dotaciones no familiarizadas con las patrullas en trineos de perros. Habiendo escuchado tantos relatos legendarios sobre los prodigios de que eran capaces estos canes, llegaban por fin a la Antártida y descubrían que esas historias ¡eran todas ciertas!

Los perros polares argentinos estaban dotados de una resistencia sin par: cinco yuntas más un líder (es decir, once perros) podían arrastrar un trineo tipo "Nansen" cargado con un peso de entre media y una tonelada (a razón de entre 30 y 45 kilos por cada perro), a lo largo de 40 ó 50 kilómetros durante más de seis horas sin descanso, si el terreno era medianamente llano. O más, si las circunstancias lo exigían.

Sí, eran muy resistentes, al punto de duplicar la potencia tractora de las otras razas caninas de trineo de las que descendían. Pero no eran tan rápidos como los modernos perros de las carreras de velocidad. Andando de patrulla, los trineos rara vez alcanzaban velocidades mayores a los 40 kilómetros por hora, y si eso sucedía, era porque se daban condiciones muy poco usuales: poca carga, viento de cola, pendiente favorable y un suelo firme, libre de obstáculos. Y, por supuesto, un buen tiro de perros.

Si no había demasiado viento, durante las largas travesías algunos patrulleros antárticos solían cantar a todo pulmón o silbar melodías variadas. De este modo, a la vez que se entretenían, animaban a los perros. ¡Les gustaba muchísimo el canto, sonara como sonase! Es que marchar cantando siempre fue reconfortante, en especial cuando los compañeros no son demasiado exigentes en materia musical y saben perdonar si se desafina un poco.

Así se desarrolló la Expedición Terrestre Invernal Antártica entre bahía Esperanza y bahía Margarita, en la que los perros polares hicieron su mejor papel. El joven Poncho tuvo la ocasión de hacer allí su debut en la exploración polar, entrando por la puerta grande.

Al principio de la campaña de 1962, nuestro amigo era todavía un "tronco" más de una yunta. Al regresar a "Esperanza" a fines de octubre de ese año, Poncho ya se había convertido en el perro-guía que sería por el resto de su vida.

V. Cómo zafar de las grietas, sólo con un Poncho

Una vez más, durante aquella Expedición, los trineos de perros demostraron ser los más seguros. Poncho, a la delantera, avanzaba a ritmo constante, pero con cautela. Iba olfateando el suelo moviendo la cabeza de arriba a abajo, tratando de interpretar las sutiles señales que pudieran revelar una grieta en la superficie nevada. Caminaba como "en cámara lenta", exagerando la longitud de sus pasos, eligiendo el lugar donde apoyaría sus patas delanteras, como tanteando el terreno que se abría frente a él.

En determinado momento, se detenía y volvía la cabeza hacia atrás, hacia el conductor. La mirada de Poncho se clavaba en el hombre. A una señal de éste, el animal comenzaba a caminar en zigzag hacia los costados, como bordeando un obstáculo ancho, que sólo él podía percibir, y volvía a mirar hacia atrás, nervioso.

Los hombres comprendían lo que Poncho les estaba queriendo indicar: que bajo la nieve se escondía una grieta. Así que se acercaban con cuidado y empezaban a escoplear la superficie, hundiendo una y otra vez sus bastones y piquetas. Por lo general, descubrían que, efectivamente, tal como el perro lo había presentido, allí se abría una ancha y profunda fisura.

Así avanzaban, penosamente, día tras día, a veces a lo largo de semanas. No siempre era tan exacto el método, porque algunos perros-guía carecían del fuerte instinto para detectar grietas que poseía Poncho, y no podían evitar caer en ellas, arrastrando tras de sí a la yunta que le seguía en el tiro. Entonces, en medio de los gemidos de los perros, los hombres se apresuraban a rescatar a los animales caídos, izándolos por sus arneses, con extrema precaución.

VI. Hundidos en una “sopa” de mar apenas congelado

En una oportunidad, Poncho y el oficial que había estado a cargo de su instrucción desde cachorro, junto con el trineo y el resto de los perros, se encontraban de patrulla en un sector de mar congelado, en inmediaciones de la isla Larga. El lugar queda sobre el canal Príncipe Gustavo, a menos de 100 kilómetros al Sudoeste de la Base “Esperanza”.

Desde hacía un rato los invadía un mal presentimiento, que se confirmó al notar bajo sus pies el típico color gris del hielo marino recién formado. Sin una nevada que cubriese la superficie helada (que, entonces sí, se volvía blanca), la sal del mar quedaba expuesta y dificultaba el deslizamiento de los patines del trineo.

Avanzaban con precaución cuando, de pronto, los perros delanteros, ubicados inmediatamente detrás de Poncho, empezaron a gemir: sus patas se estaban hundiendo en una espesa “sopa” de hielo y agua salada. Cuanto más chapaleaban, más se sumergían. El oficial patrullero, desesperado, sin pensarlo dos veces se metió al charco helado para sacar a los dos animales, mientras le daba a Poncho la orden de ¡Auk!, girar hacia la derecha, ayudado por una seña de su mano. Seguro de sí y tirando prácticamente solo, el perro-guía fue arrastrando al trineo fuera de la hondonada. Increíblemente, el hombre no se hundió ahí mismo, quizás porque se movió con las piernas separadas, repartiendo mejor el propio peso.

El incidente fue breve: duró menos de lo que se tarda en contarlo, pero en esa rotunda soledad y en condiciones tan extremas, bien pudo haberles costado la vida a todos.

Precisamente en esa zona, justo frente a la isla Larga, unos cerros llevan, en homenaje a su valor, los nombres de otros cuatro bravos perros polares argentinos, que siguen siendo muy recordados por los antárticos viejos: “Dardo”, “Pincén”, “Dusky” y “Gaucho”. Como dato al margen, destaquemos que Gaucho era un verdadero coloso: ¡pesaba más de 80 kilos! No abundaban los perros que pudieran hacerle sombra, pero los había, como los famosos: “Trapo” (nacido con dificultades y criado entre trapos, de ahí su nombre) y “Feo” (que, según dicen, ¡era muy lindo!).

VI. Cuando los perros viajan como pasajeros

Junto al mismo oficial del episodio ocurrido frente a la isla Larga, aunque unos años más tarde, mientras estaba destinado en la ya desaparecida Base “General Belgrano”, Poncho vivió una experiencia curiosa. Era febrero de 1966. En esa época del año y en ese sector de la Antártida, a tan alta latitud, los días son todavía largos.

Se preparaba una patrulla de reconocimiento desde “Belgrano” hasta la Base “Shackleton”, una estación antártica británica en estado de abandono, ubicada también sobre la barrera de hielos Filchner. Eligieron como guía a Poncho, claro.



Esta exploración preliminar del terreno en trineo de perros apuntaba a reconocer la ruta que, meses después, luego del invierno, seguiría la Expedición a la Barrera de Hielos Filchner, proyectada para noviembre del mismo año. En esa marcha se intentaría unir la Base "Belgrano" con el cabo Adams, en la caleta Jardiner, avanzando mayoritariamente sobre esa gigantesca masa glaciaria que forma parte del casquete polar antártico, separada en ese sector por la isla Berkner en dos lenguas: por un lado, al Este, la barrera Filchner, y al Oeste, la barrera Ronne (entre nosotros, durante mucho tiempo ambas barreras se conocieron como una sola: Filchner). En total, en esa campaña de 1966, los hombres de "Belgrano" recorrerían casi 7.000 kilómetros, si se suman los trayectos realizados sobre la barrera y sobre la isla.

Claro que en la mayor parte del recorrido los perros irían ¡como pasajeros!, cómodamente instalados en trineos de arrastre, mientras que el trabajo de tirar tendrían que hacerlo los motores de los tres tractores Sno-cat 743-A. Cada trineo grande llevaba siete perros encima, mientras que los trineos "Nansen" eran remolcados al final del último tractor. Los animales no iban con el primer Sno-cat, porque era el que corría más riesgo de caer en una grieta.

Esta situación relativamente fácil para los perros se mantuvo mientras no se requirieron sus servicios como "detectores de grietas", pero al llegar cerca de la caleta Jardiner, se consideró que ingresaban a una zona demasiado peligrosa, muy fracturada, así que los animales fueron desembarcados, atados a sus trineos "Nansen" y puestos a trabajar en patrullas de exploración. Desde caleta Jardiner hicieron marchas de reconocimiento hacia la Península Antártica y la península Bowman.

El terreno era difícil, agrietado, pero no se puede decir que a los perros les pesase la actividad. No: estaban felices de volver a moverse, y de alejarse un poco de los ruidosos y olorientos motores. Corrían a sus anchas. Los hombres gozaban casi tanto como los perros, que movían las colas y ladraban de alegría.

Las grietas aparecieron muy pronto frente a ellos. Y también encontraron "puentes" naturales, por donde era posible pasar, dependiendo de la mayor o menor resistencia que ofreciese el hielo. En estos casos, un trineo de perros era el primero en probar cuán firme era el puente. Sólo entonces podrían pasar por ahí los tractores, junto con sus trineos de arrastre.

Pero la realidad es que, tanto en ésta como en anteriores expediciones, resultaba casi imposible medir la resistencia de un puente natural de hielo. Y, en todo caso, nunca era totalmente seguro si aguantaría, o no, el peso de un vehículo. Cruzarlo era, en la mayoría de los casos, un acto de fe.

Poncho disfrutaba en aquellos días de 1966 del cariño incondicional de todos los miembros de la dotación de "Belgrano", en especial del Jefe de Base, que había sido su primer instructor, y que todos los días lo iba a visitar al túnel de hielo que ocupaban los perros. No pocas veces, Poncho era soltado y se le permitía entrar a las casas para compartir la velada junto a los hombres, como si fuera un amigo más. Que lo era.

Pero el perro, después de un tiempo de humana compañía, siempre pedía volver al túnel, con el resto de la jauría. Como buen líder, Poncho no abandonaba a su "gente".

VII. La Expedición Terrestre Argentina al Polo Sur, de 1965

Pero retrocedamos un par de años, a fines de 1964, cuando, como parte de los preparativos para la "gran patrulla polar" que se llevaría adelante al año siguiente, Poncho fue transferido desde la Base "Esperanza" hasta la Base "General Belgrano", mucho más al sur, que estaba instalada sobre la Barrera de Hielos de Filchner. Estos traslados solían hacerse con auxilio del rompehielos "General San Martín". Muchos otros perros fueron transferidos junto con Poncho, con el mismo propósito. La mayoría de ellos fueron elegidos en mérito al buen servicio que habían prestado en la Expedición Invernal del '62. Ésta fue, de hecho, la gran prueba antártica que el Ejército llevó adelante como preparación para lo que vendría.

Y lo que venía era nada menos que la Primera Expedición Terrestre Argentina al Polo Sur, que finalmente se conoció como "Operación 90". (El nombre de la operación obedecía a la ubicación geográfica que se esperaba alcanzar: la del Polo. De hecho, a ambos polos les corresponde la latitud de 90 grados, sólo que uno es latitud Sur y el otro, Norte.)

La "Operación 90" utilizaría con preferencia vehículos a motor, pero, por supuesto, los insustituibles trineos de perros debían formar parte del contingente. Ambos medios se complementaban; los hombres que llevaban tiempo en la Antártida lo sabían bien. Sobre todo uno de ellos.

Porque hay que decir que esta expedición polar había sido pergeñada hasta en sus mínimos detalles por un experimentado patrullero antártico, el mismo que, tres años antes, había planeado y dirigido la Expedición Terrestre Invernal a lo largo de la Península Antártica, desde la Base "Esperanza" hasta la "San Martín". Y era el mismo que, en ese año 1965, estaría como jefe de "Belgrano", base de operaciones de la Expedición al Polo. (Fue, además, el oficial con mayor número de patrullas y expediciones de la historia antártica argentina, con el récord de 18.000 kilómetros acumulados; él sería quien saltaría con Poncho en paracaídas; era el que conducía el trineo que rescató a los sobrevivientes del avión caído, con Poncho como guía; y el que, años más tarde, lo terminaría albergando en

Ushuaia, cuando el veterano perro polar fuera retirado del servicio activo. Por último (y por si hiciese falta agregar algún mérito más a este hombre excepcional), digamos que fue él quien, en 1959, cuando era jefe de "San Martín", al recibir la orden de evacuar esa base en helicópteros y enterarse de que la evacuación no incluía a sus perros polares, se negó a abandonarlos, y esto le costó no sólo no haber ascendido de grado, sino además enfrentar un duro sumario.

Quizás a un nivel más sentimental, la "Operación 90" significó la realización de un anhelo para muchos argentinos - participantes o no de esta aventura- que desde principios del Siglo XX soñaban con llegar al Polo, al vértice mismo del mapa, al extremo del eje de la Tierra, a ese "punto inmóvil", donde las agujas de las brújulas giran locas; donde el tiempo se detiene y nuestras definiciones convencionales de lo que es "día" y lo que es "noche" pierden un poco su sentido.

Escalofriante de sólo imaginarlo, el Polo Sur estaba anclado en la imaginación de todos como un lugar terrible, donde "los lubricantes se convierten en sebo y los metales se cristalizan; donde las mejores aleaciones se quiebran al desintegrarse la materia", como escribió el jefe de aquella épica "Operación 90".

Un "lugar espantoso", al decir de alguien que allí dejó su vida. Un lugar extremo, acaso el extremo geográfico por excelencia. Pero para quienes sentían intensamente el llamado de la aventura, era imposible eludir la atracción, el hechizo polar. Costara lo que costase, había que llegar ahí.

Se prepararon los hombres, los animales, el equipo, los vehículos, los víveres, el combustible, y se planearon los refugios a construir y sus materiales. Todo se fue concentrando en "Belgrano". Ya a fines de 1963 la gente de la base había comenzado a evaluar las posibles vías de acceso al interior del continente antártico. Quizás sería necesaria la instalación de una base secundaria de operaciones un poco más al Sur, con alimentos y combustibles extra.

Poncho estaba ajeno a esos desvelos humanos. Su vida potente y simple consistía en tirar de un trineo encabezando la jauría, no importaba si la patrulla se dirigiese al Polo Sur... o a Marte. Por fin, en marzo de 1965 le dieron el gusto, aunque no iba a ir tan lejos: una patrulla cargada "hasta los patines", dirigida por el oficial que lo había planeado todo, se puso en marcha en dirección a los 82 grados de latitud Sur, al pie de las primeras estribaciones de acceso a la alta meseta polar. Recorrieron más de 400 kilómetros sobre hielo muy agrietado, pero llegaron.

Allí los hombres, a ritmo acelerado, con un esfuerzo indecible, bajo imposibles condiciones de clima y de suelo, pero empujados por la proximidad de la noche polar, y animados por un espíritu de equipo pocas veces visto, construyeron la estación antártica más austral de la Argentina: la Base Avanzada Científica "Sobral". Y aunque estaba previsto que tardarían todo un año en terminarla, lo hicieron ¡en tres meses!

Esto significó que el entusiasta jefe de aquella patrulla avanzada sugiriera a los altos mandos adelantar el asalto al Polo. Podía hacerse ese mismo año, y no esperar a 1966, cuando quizás las condiciones no fuesen tan favorables. La Argentina no podía -no debía- dejar pasar aquella oportunidad. Se corría el riesgo de que la Base "Belgrano", que estaba instalada sobre una barrera de hielo, se desprendiera de la masa glaciaria y simplemente "saliera a navegar" hacia el norte. Es decir que, si no lo hacían en 1965, se perdería "para siempre la posibilidad de llegar al Polo Sur", como escribió aquel oficial en el mensaje que envió a sus superiores.

La propuesta fue aprobada. La marcha hacia el Polo empezaría esa misma primavera.

Aquel invierno en "Belgrano" fue muy, muy duro. Todos los perros, que habían sido traídos desde "Esperanza", invernaron dentro de un túnel construido con ese propósito, bajo algunos metros de nieve. Soportaron temperaturas bajísimas constantes, acaso más suaves que las implacables condiciones del exterior, pero de todos modos muy penosas. A pesar de la natural resistencia de esa raza, algunos perros -en especial los más viejos- no lograron sobrevivir. Afortunadamente, se produjeron también algunos nacimientos, pero la jauría quedó reducida en número.

El 26 de Octubre de 1965, una patrulla partió desde la Base "Belgrano". El 18 de noviembre el Grupo de Asalto se separó de la Patrulla de Reconocimiento "Paralelo 82", formada por trineos de perros, en uno de los cuales iba Poncho como líder. La patrulla ya había cumplido la primera parte de su misión: detectar posibles obstáculos peligrosos para los vehículos a motor de la Expedición.

Pero para los perros no terminaba la tarea. Ahora, libre de los molestos ronquidos y el humo de los motores que rumbo hacia el Sur extremo, Poncho debía conducir al silencioso grupo por los portezuelos y valles helados de un cordón montañoso conocido como Nunataks Santa Fe, al norte de la cordillera Diamante.

De esta manera, cumpliendo tareas de cartografía y geología, llegaron hasta más allá de los 83 grados de latitud Sur. Eran los primeros perros y los primeros hombres en recorrer esa región del planeta en trineo. Ahora que el grupo principal de la Expedición se había alejado, los de la Patrulla 82 estaban absolutamente aislados del resto del mundo. Hay un episodio digno de ser contado aquí, que pinta de cuerpo entero al bueno de Poncho. Iban los trineos trepando las estribaciones montañosas y, en determinado momento, frente al Pico Santa Fe, se resolvió ingresar por un paso entre puntas de roca pelada, y de esa manera rodear el cerro para reconocerlo en todas sus caras.

El trineo del joven oficial a cargo iba adelante, con Poncho como líder. Subía y subía, hasta que, repentinamente, desapareció, como si se lo hubiera tragado el paisaje. El trineo que venía atrás, a duras penas había logrado seguir el ritmo del delantero, porque dos de los perros de su tiro eran cachorros en fase de instrucción. Sin embargo, conduciéndolo, iba un experimentado suboficial, patrullero antártico de los buenos. En cuanto éste vio desaparecer el

trineo delante de sus ojos, se detuvo de inmediato, dejó el comando a su compañero, se calzó unos crampones y corrió cuesta arriba, siguiendo la huella.



Lo que vio del otro lado fue estremecedor: tras el filo nevado, había un pronunciado barranco, como de unos 200 metros de caída hacia abajo, cubierto de hielo. Y aferrados a unas piedras salientes estaban los hombres del trineo, que se veía volcado en un costado. Era terrible, pero a la vez tenía su lado cómico: el terror se leía en la cara de los hombres, mientras que Poncho, sentado muy tranquilamente, se refrescaba comiendo nieve. Podría decirse que aprovechaba ese descanso inesperado.

“Vamos, Poncho” fueron las palabras amistosas del suboficial. Y el perro, alegre como siempre, con esa mirada con la que parecía hablar, le dio el “comprendido” y comenzó a tirar hacia arriba. Así lograron sacar el trineo caído. Podría haber sido una desgracia, aislados como estaban, lejos de todo.

Pero dejemos por un momento a Poncho dedicado a sus labores científicas de campo, y acompañemos al motorizado Grupo de Asalto al Polo. Eran en principio seis los tractores en que se desplazaban, con sus correspondientes trineos de arrastre, donde se llevaba la carga. Eran Sno-cats modelo 743-A, con motor de 8 cilindros en “V” capaces de entregar 300 caballos de fuerza; con tracción por diferencial a cuatro pontones con orugas, cada uno de los cuales tenía tracción individual.

Las grietas constantes y los “sastrugi” del camino (esas ondulaciones sucesivas, como crestas aserruchadas, a veces tan altas como los vehículos) que el viento constante “talla” en la superficie del hielo, iban destruyéndolos poco a poco. Los patines de los trineos quedaban tirados en la huella, porque el metal se volvía quebradizo a tan baja temperatura y cualquier impacto fuerte lo partía. Los hombres no alcanzaban a reparar los daños; el tiempo apremiaba y, con tantos obstáculos, la marcha se estaba haciendo mucho más lenta de lo esperado. No superaban los diez kilómetros por hora, y a veces iban incluso más despacio.

De seguir así, no habría combustible ni víveres suficientes. Para colmo, algunos trineos con provisiones habían caído en grietas profundas y no pudieron ser recuperados.

Esas interrupciones, más las sacudidas que sufrían los vehículos por efecto de las irregularidades del suelo y la intensidad del viento, mantenían los ánimos al borde del fastidio.

El nombre que dieron a un campamento, que se estableció a los 83 grados de latitud Sur, es elocuente del estado anímico del grupo: “Campamento Desolación”. Y todavía no sabían que les faltaba superar lo peor. Porque desde allí hasta los 88 grados, no hicieron más que avanzar a los tumbos, encajándose en promontorios de nieve compacta y golpeando los pontones de sus tractores contra cortantes filos de hielo.

Un Sno-cat, el que más había sufrido, debió ser abandonado por el camino. Dada la emergencia, al menos sirvió como depósito de combustible y también como jalón en la huella, a manera de marca que fuese bien visible desde lejos, para cuando regresaran del Polo. Pero las constantes ventiscas, los “blanqueos” (esos momentos del temporal en que todo se pone blanco y el horizonte desaparece, así como cualquier otra referencia visual), todo, en fin, hacía dudar a los hombres acerca de si realmente avanzaban en la dirección correcta, de si llegarían alguna vez... a alguna parte.

Pero la “Operación 90” fue, en definitiva, como tantas otras patrullas antárticas, un trabajo de equipo. Todos se sostenían mutuamente. Y la expedición había sido muy bien planificada, por lo que el 10 de diciembre de 1965, los tractores naranjas con la bandera celeste y blanca alcanzaron los 90 grados de latitud Sur, el punto tan ansiado. Así terminó la primera larga marcha terrestre argentina hasta el Polo Sur geográfico, que no sólo alcanzó su objetivo principal, sino que cumplió además con misiones científicas y técnicas de geología, gravimetría y meteorología. Y el último día de ese año, todos estaban de regreso en la Base “Belgrano”. Habían recorrido casi 3.000 kilómetros, en 66 días de extenuantes esfuerzos físicos y mentales.



VIII. Rescatando a los sobrevivientes del AE-205

Retrocedamos hasta mediados de ese memorable 1965. Poncho vivía su mejor momento, poniendo esfuerzo y entusiasmo en su rol de perro-guía de uno de los trineos de la Expedición Terrestre Argentina al Polo Sur, que –a esa altura del año- ya se había puesto en marcha en su fase preliminar. Mientras tanto, a bordo del rompehielos “General San Martín” estaba siendo ensamblado un pequeño avión Cessna 185B, conocido como “AE-205”. Muy pronto sería desembarcado en la Base “General Belgrano”. Venía equipado con un juego de esquís fijos, en vez de ruedas. El AE-205 voló como unidad de apoyo a la “Operación 90” en varias oportunidades, enviando información a los expedicionarios al Polo, sobre el estado del hielo en la zona por la que éstos debían pasar.

A fines de septiembre, durante uno de estos vuelos a muy baja altura, se produjo un repentino “blanqueo” o “viento blanco”, fenómeno en que la visibilidad se vuelve nula. El piloto, desconcertado por haber perdido de vista el horizonte y previendo un choque fatal contra el suelo, decidió hacer un aterrizaje de emergencia. El avión se dañó seriamente con el impacto. Por fortuna, los cuatro tripulantes sobrevivieron al choque, pero todos sabían que las condiciones del clima harían muy difícil una operación de búsqueda y rescate por aire. Si el mal tiempo se prolongaba, pese a las reservas y equipo de supervivencia de que disponían, sus días en este mundo estarían contados.

La “Operación 90” sufría así su primer incidente serio, que podía agravarse si no se actuaba rápido.

Pero la meteorología desfavorable hacía imposible la búsqueda aérea. Era angustiante la espera de mejores condiciones. No obstante, una silenciosa patrulla terrestre integrada por dos hombres y siete perros salió al rescate del grupo, desde la Base “General Belgrano”. Por supuesto, al frente de la jauría trotaba el valiente Poncho. Tres jornadas completas viajaron a través de planicies cubiertas por “sastrugi” (crestas, como dunas de hielo, formadas por el viento constante) y grietas traicioneras. Soportaron fuertes ventiscas y temperaturas inferiores a los 30 grados bajo cero, y lo peor: avanzaban sin tener novedades de los hombres accidentados.

Por fin, al cuarto día, el clima había mejorado. Recibieron una comunicación desde un avión DC-3 (el famoso “TA-05”, apodado “El Montañés”) que recorría la zona, y que le indicaba la posición de los sobrevivientes. Por desgracia, se hallaban en una zona “minada” de grietas. De hecho, una de aquellas anchas fisuras en el hielo, de las tantas que había, se había tragado los víveres lanzados por el DC-3 el día anterior para auxilio del grupo.

Aún sin haber visto el avión caído, Poncho aceleró el paso apenas pudo olfatearlo. Los cuatro hombres saltaban de alegría con sus últimas fuerzas, porque el frío y la desesperación casi habían acabado con ellos. ¡Cómo abrazaban a Poncho...! ¡Qué agradecidos estaban!

Tres años más tarde, en 1968, nuestro querido Poncho volvió al lugar de aquel accidente, esta vez para ayudar en la recuperación y el transporte de las partes del avión que todavía podían ser reutilizadas. Tuvieron que cavar con picos y palas para desenterrar la aeronave, que estaba cubierta con un grueso manto de nieve compactada.

De aquella patrulla participaron además vehículos a motor con trineos de arrastre, que llevaron la carga más pesada. Como dato curioso, podemos decir que el Cessna 185 fue reparado y volvió a volar, aunque bajo el nombre de “Alitas de Cuero”. El nombre se debía al recubrimiento provisorio de trozos de cuero que debieron hacerle, por haber perdido partes de las alas originales de metal. Hoy está en un museo.

Poncho, criatura terrestre por excelencia, tendría sin embargo más relación con el aire de lo que podría esperarse de un perro polar.

IX. Poncho paracaidista

Un luminoso día de enero de 1966, el perro de nuestra historia no entendía qué era exactamente lo que estaba ocurriendo, pero iba animado, como siempre. Sus amigos lo alentaban con palabras, caricias y palmadas en el lomo, y sonreían. A medida que se acercaban al helicóptero (uno de los dos S-55 del rompehielos “San Martín”), los hombres hablaban cada vez más fuerte, aunque no gritaban. Es que el martilleo de los motores y el zumbido de las hélices cortando el aire no permitían escuchar otra cosa.

El ruido, el viento gélido y la intensa vibración parecieron disminuir un poco apenas el aparato despegó del suelo. Fue entonces cuando Poncho empezó a preocuparse. Se sentía raro, encerrado dentro de ese vehículo metálico. Quería pararse sobre sus patas, pero no podía. Todo temblaba.

Los hombres ya no le hablaban; con los ojos entrecerrados preferían observar por las ventanas cómo se alejaban de la tierra.

Envuelto en un incómodo arnés, que no era ni similar a los que solía utilizar para el trineo, Poncho se sentía ahora bastante inquieto.

Gimió tímidamente. El suboficial que estaba a cargo de lanzar a los perros, que sentía un afecto especial por Poncho (habían vivido varias aventuras juntos), tenía la mano sobre su lomo. Lo miró y le sonrió. Tomándole la cabeza suavemente con ambas manos, le dijo en voz muy alta: “¡Hoy es tu gran día, Poncho!”. Y, como diciéndoselo al oído, agregó: “No tengas miedo, hermano”.

Sí, Poncho iba a saltar desde una aeronave a relativa altitud, con un paracaídas que había sido adaptado para su cuerpo. Otros dos perros polares –Pato y Bucky- estaban a su lado, igual de asustados.

Se trataba de un ejercicio de búsqueda y rescate, a unos 30 kilómetros al sur de la Base “General Belgrano”. Además de los tres perros, se lanzaría un trineo desarmable, víveres y elementos de supervivencia. Y, desde otro helicóptero, unos minutos antes, saltarían dos oficiales.

Nunca en la historia de nuestra Antártida se había hecho algo así. Sin embargo, Poncho y sus compañeros no iban a ser los primeros en volar desde una aeronave en movimiento. Ya otros canes habían sido lanzados en paracaídas, aunque en otras zonas del planeta y en circunstancias un poco más penosas. Ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, ese sangriento conflicto armado que se prolongó entre 1939 y 1945, y que dejó más de 60 millones de personas muertas, civiles en su mayoría.

En aquella guerra –triste es decirlo- también murieron perros, los llamados “perros de guerra”, que fueron usados como auxiliares de tropas de asalto y para operaciones de rescate.

Muchos debieron, como Poncho, saltar desde helicópteros y aviones, incluso como parte de investigaciones aplicadas a la guerra. Tal el caso de “Major”, ese enorme perro de raza San Bernardo que fue lanzado desde una altura de casi 8.000 metros. Llevaba un abrigo especial y una máscara de oxígeno afirmada en el morro; de otro modo no hubiese podido sobrevivir al prolongado descenso, que justamente se hacía para comprobar los efectos

nocivos –como la hipoxia, es decir, la falta de oxígeno en la sangre- que podían sufrir los paracaidistas que saltaban desde gran altura. Según testigos, Major llegó a tierra sano y salvo.

Pero a muchos otros no les fue tan bien. Los perros usados durante la guerra generalmente fueron considerados como “material bélico”, y así expusieron (y perdieron) sus vidas realizando tareas de alto riesgo: detectando minas antipersonales y dispositivos explosivos “caza-bobos”, o transportando mensajes escritos a través de las líneas enemigas y los campos de batalla. Y una vez cumplidos tales servicios (si es que no morían en acción), la mayoría de ellos recibían el mismo trato que les toca a los rezagos militares: eran descartados.

Tristemente memorable es el destino que le tocó a un grupo de perros malamutes, entrenados por la Marina de los Estados Unidos para trabajar con trineos. Habían servido en numerosas misiones de rescate durante la guerra, y luego, en tiempos de paz, trabajaron en la Antártida realizando patrullajes entre bases norteamericanas. Pero en algún momento, alguien, desde su oficina en Washington, consideró que los perros ya no servían; entonces fueron encadenados sobre un pack de hielo flotante y finalmente hundidos mediante la detonación de cargas explosivas instaladas con ese propósito.

En fin. Mejor, volvamos a hablar de los perros que saltaron en paracaídas durante la Segunda Guerra. Y así, habrá que mencionar el caso de Rob, el más renombrado perro-paracaidista británico, que había sido donado por una familia de granjeros para colaborar con el “esfuerzo bélico”. A Rob, que era de raza Border Collie y antes de la guerra cuidaba ovejas, se le adjudicó haber salvado la vida a numerosos soldados y realizado más de 20 descensos sobre Italia y el norte de África en operaciones secretas para las fuerzas del SAS (Special Air Service). Llegó a recibir la más alta condecoración por sus hazañas.

Pero, al parecer, la historia de Rob fue un simple fraude, de los tantos que formaron parte de la propaganda de la guerra. Hace poco, un testigo de aquellos años, instructor retirado del SAS, desmintió todo el asunto. Rob jamás saltó ni salvó a nadie: sólo fue el invento de un jefe, que pretendía quedarse con el animal como mascota y no devolverlo nunca más a sus dueños. La imparable afición de los británicos por los perros y por las historias conmovedoras contribuyó a consolidar la leyenda de Rob.

Otro perro-paracaidista famoso fue el elegante Jaint de Mortimormey que, según afirman los estadounidenses (tan propensos también a crear celebridades), saltó en paracaídas más veces durante la guerra que cualquier hombre. Y, ya que estamos, podríamos citar al “Cabo” Smoky, una perrita de raza Yorkshire Terrier, que un soldado norteamericano encontró escondida en una trinchera, en Nueva Guinea. Smoky hizo de todo. Además de saltar en paracaídas, llevó mensajes, atendió enfermos, pasó hambre y viajó en un bolsillo de la chaqueta de su amigo, sin haber recibido jamás los cuidados veterinarios de otros “perros de la guerra”. Y cuando, finalmente, el soldado volvió a casa, Smoky y su dueño se convirtieron en estrella de la televisión. Juntos recorrieron todo el país, contando y recreando sus aventuras de la guerra. La perrita tenía su pequeño paracaídas de seda y en sus presentaciones solía usarlo, para deleite del público.

La relación entre los perros y el paracaidismo es de vieja data. De hecho, fue un perro (y no un hombre) el primer piloto de un paracaídas. Hacia 1790, el inventor francés Jean Pierre Blanchard había ideado un dispositivo para saltar desde globos aerostáticos en vuelo, pero no estaba demasiado seguro de que fuera efectivo, así que metió a su perrito en un canasto y lo lanzó. El paracaídas que iba unido al canasto se abrió como se esperaba y el animal aterrizó sin problemas.

Pero dejemos estas historias y volvamos a nuestro querido Poncho, al que habíamos dejado un poco asustado dentro de un helicóptero, junto a sus compañeros. De repente, la puerta del aparato fue abierta y el aire helado entró con fuerza. El suboficial a cargo (al que no le faltaban ganas de saltar también) cumplió con su parte: perros y equipaje salieron lanzados hacia el vacío.

Durante el descenso, instintivamente los animales movían sus patas con el clásico movimiento de nadar “estilo perrito”. Al fin, llegaron a tierra (en realidad, al hielo) y sacudiendo la cola de alegría se reunieron con los hombres. En minutos, se ensambló el trineo, que fue cargado con los víveres y los elementos de supervivencia. Luego se armó el tiro de perros, con Poncho a la cabeza, y partieron. Iban al rescate de una patrulla perdida, a la que rescataron con éxito. Todos se encontraban de regreso en la Base “Belgrano” esa misma noche.

Bueno, hablar de “noche” en esa época del año –enero- y a esa latitud, resulta al menos una curiosidad, porque el sol simplemente no llega a ocultarse tras el horizonte. Es de día... todo el día. Lo opuesto ocurre en pleno mes de julio: es noche cerrada durante las 24 horas del “día”.

X. La pérdida de la brújula

Un día de agosto de 1967, mientras regresaba de una patrulla de rutina entre la Base “Esperanza” y el Refugio “Cristo Redentor”, cruzando la bahía Duse sobre mar congelado, un fuerte temporal de ventisca sorprendió al grupo que encabezaba Poncho. Detrás del trineo tipo “Nansen” traccionado por perros, venían dos vehículos a motor Muskeg, de orugas, con cuatro hombres a bordo.

Al llegar al borde de la tierra firme, uno de los tractores se detuvo por un desperfecto. El otro siguió su avance, y comenzó a trepar con dificultad evidente. La nieve caía abundante, el viento arremolinaba. La visibilidad era nula. La patrulla, más que nunca, debía orientarse a través de instrumentos; en su caso, una brújula tipo cardánica que venía montada sobre un cajón en el trineo.

El Muskeg trepó cuanto pudo, hasta que sus orugas también se frenaron, en medio de una pendiente brava, conocida como la "Cuesta de los Afligidos". El sitio era llamado así porque la nieve blanda que allí se acumulaba hacía muy penosa la subida.

El trineo de Poncho debió regresar en pleno temporal, para conducir a los ocupantes que habían quedado de a pie. Así todos comenzaron una marcha dura, muy dura, azotados por esa ventisca fuerte conocida como "blizzard". De repente, un montículo de nieve formado por el viento hizo volcar el trineo de Poncho y, al caer de lado, la brújula se desprendió de su montaje y se hundió en el manto blanco que cubría el suelo. En medio de la ventisca, la búsqueda era inviable: no se veía nada.

Faltaban todavía unos doce kilómetros para llegar a "Esperanza", pero no quedaba sino una o dos horas de luz diurna. El oficial a cargo de la patrulla clavó tres cañas con banderolas en el sitio exacto en que habían volcado, para volver a recuperar la brújula cuando hubiese pasado el temporal.

Pero, para entonces, la violencia de la tormenta había incluso aumentado. Los perros debían avanzar con la cabeza ladeada debido al viento, y con los ojos entrecerrados. Los hombres no podían ver ni dónde pisaban.

El conductor de la patrulla estaba totalmente desorientado. Pensaba en lo absurdo de su situación: estaban sin los vehículos, y relativamente cerca de la base, pero extraviados. Sin embargo, la seguridad del grupo ya no dependía de un instrumento magnético, sino sólo del instinto de su extraordinario perro-guía.

Habían transcurrido dos horas de andar aparentemente a ciegas. Era noche cerrada cuando los hombres divisaron unas luces entre medio de las ráfagas de nieve. ¡Eran las luces de la base "Esperanza"!

Apenas faltaba el tramo final, la bajada del glaciar, que ellos –y sobre todo los perros- conocían perfectamente. Poncho los había salvado.

La brújula y los vehículos fueron recuperados tres días después, cuando el mal tiempo hubo pasado. Y en la Foja de Servicios de nuestro querido Poncho, se anotó una proeza más.

XI. El más triste deber: sacrificar al compañero

Decíamos antes que es entendible sentir tanto afecto, gratitud y hasta admiración por perros así. Y por eso también es comprensible que, entre los recuerdos más tristes de todos los exploradores polares, incluidos los argentinos, aparezca el instante en que debieron sacrificar a uno de sus queridos animales.

Bueno, quizás no todos los exploradores polares fueron tan sensibles. Los noruegos, que hicieron avanzar a punta de látigo sus trineos de perros en la carrera por la conquista del Polo Sur Geográfico en diciembre de 1911, utilizaron a estos animales no sólo como motor de aquella expedición sino también como principal "combustible": en efecto, llevaban muchos más perros que comida suficiente para alimentarlos. De manera tal que, de los casi 100 canes iniciales, la mayoría sirvió de alimento a los que iban quedando vivos y capaces de tirar de los trineos. Al final, sólo 39 terminaron el viaje. Así había sido planeado, y así llegaron primeros.

Pero, a juzgar por el comentario de uno de aquellos cinco noruegos que alcanzaron el Polo Sur, sus perros no han de haberlo pasado nada bien. Escribió: "Si después de morir vuelvo a este mundo reencarnado en alguna otra criatura, espero fervientemente que no me toque ser un perro de trineo en una expedición polar".

Tan cruenta fue esa marcha, que uno de los campamentos, donde se llegó a sacrificar a 24 animales, fue llamado por los mismos noruegos "La carnicería" (o "El matadero", en otras traducciones). La carne de todos esos perros quedó allí, sepultada bajo la nieve, almacenada para cuando regresaran del Polo, para darle de comer a los que volviesen. En los libros que dejaron escritos sobre aquella aventura, los duros nórdicos se lamentan de haber tenido que matar a sus animales de tiro pero, al renglón siguiente, confiesan sin vergüenza haberse relamido de gusto de sólo pensar en las succulentas "chuletas de carne fresca de perro" que se comerían después de la matanza.

En cambio, los británicos de la Expedición del "Terra Nova", que llegaron un mes después que los noruegos, manejaban una escala de valores muy distinta. Llevaron perros, sí, pero les chocaba profundamente la idea de alimentarlos con la carne fresca de sus nobles camaradas de tiro. De alguna manera, ese reparo moral les costó la carrera polar... y la vida. Efectivamente, los hombres que alcanzaron el Polo Sur en segundo lugar, iban ellos arrastrando su propia carga. Y así murieron durante el regreso, exhaustos por el esfuerzo y anímicamente abatidos por no haber sido los primeros.

Tanta era su compasión por los perros, que, cierta vez, el jefe de aquella expedición expuso su propia vida al rescatar a los doce canes de su trineo, que habían caído en una grieta. No dudó en descender con cuerdas y alzarlos, uno por uno, con la ayuda de Osman, su perro-guía.

Ésta era la clase de historias que muchos de nuestros antárticos conocían bien, y que los inspiraban en sus patrullas en trineo. Los perros polares eran para ellos como lo habían sido los caballos criollos para los gauchos en las

campañas de la Guerra por nuestra Independencia: compañeros inseparables, tan valiosos como un hombre, y a veces hasta más queribles.

Por esa razón, cuando, en medio de las anécdotas sobre la vieja Antártida, surge en la conversación el tema de los perros, inevitablemente alguien, en algún momento, recuerda con tristeza al animal que debió ser sacrificado.

Entonces se produce un silencio grave. Por fin, el memorioso toma coraje y se atreve a narrar el episodio.

Resulta terriblemente conmovedor estar junto a uno de esos venerables hombres cuando decide contar cómo debió acabar con la vida de su perro. Toda la rudeza del curtido antártico se disuelve. Empieza a hablar, vacila, se aclara la garganta. Retoma el relato, pero no puede seguir. Se le quiebra la voz, y no es para menos.

En muchos casos, cuando el animal estaba enfermo o viejo, y sufriendo, el sacrificio era una vía rápida de salida, un alivio en su agonía. Otras veces, se presentaban situaciones extremas de escasez de alimentos, por ejemplo, o la imposibilidad de evacuar a los perros de una base que debía ser abandonada; en tales emergencias, y habiendo agotado todas las demás alternativas, aparecía el dilema: sacrificarlos (para ahorrarles otra muerte, seguramente más lenta y penosa), o poner en serio riesgo la supervivencia de los hombres y el éxito de la misión. Pocos dudaron a la hora de decidir qué camino debían tomar.

Aunque reconocen que, bajo tales circunstancias, no tenían opción, igual lo llevan a cuentas en su historial. Les pesa como un deber infausto que hubiesen querido no tener que vivir.

Cómo no entender el dolor de esos exploradores polares que, puestos en la amarga obligación de tener que sacrificar a su perro preferido y sabiendo que no podrían hacerlo sin sentirse morir, solían pedirle a uno sus colegas que lo hicieran por ellos. Aquel favor personal se valoraba y era recordado por siempre.

Detalle más, detalle menos, podríamos resumir en pocas líneas aquel triste recuerdo, común a todos ellos: en medio del gris paisaje antártico, rodeados por el hielo, hay un hombre y, a su lado, un perro. El hombre lleva una pistola en la mano. Tal vez caminen un poco. Al hombre le cuesta tragar; la angustia lo ahoga. Se detienen. El hombre observa largamente el cielo, el horizonte y luego baja la mirada hasta el perro. Por fin, se decide: apoya el cañón del arma sobre la cabeza del animal. Y éste, que por supuesto no sabe lo que está por pasar... con cariño le lame la mano.

XII. Un final feliz para Poncho

El destino tenía reservado para Poncho un final más apacible que el de otros perros polares, aunque fuera lejos de su tierra natal.

En los primeros años de la década del '70, los encargados de las jaurías de las bases antárticas donde Poncho habitualmente prestaba servicios, empezaron a considerar la posibilidad de relevarlo de algunas tareas exigentes. En el Legajo del perro, que ellos completaban periódicamente, cada vez con más frecuencia se encontraban escribiendo la odiosa frase: "No trabajó".

El viejo Poncho, aunque todavía entero y fuerte, ya no podía correr a la par de otros animales más jóvenes. En las largas patrullas se fatigaba; tendía a echarse apenas el trineo se detenía. Siempre lo había hecho, pero ahora se lo notaba agitado por demás. Y su humor no era el mismo de antes.

Los antiguos camaradas, éstos con los que había compartido tantas aventuras en la época de las largas exploraciones, habían dejado la Antártida. Salvo a uno, al resto ya no se los veía por allí.

Cada tanto, en verano, con la llegada del rompehielos, Poncho se ilusionaba. Por unos días había gran actividad en la base; muchas personas iban y venían, pero entre todas esas caras no había casi ninguna conocida.

También en verano algunos turistas desembarcaban, y entonces Poncho y otros perros eran atados a un trineo sin carga para hacer un recorrido corto por los alrededores. Los turistas se tomaban fotos y gritaban emocionados durante el trayecto, pero para el viejo Poncho, aquello no era sino una triste sombra de lo que había hecho en sus años más felices. Ya estaba cansado.

Alguien se compadeció de su situación y evaluó la posibilidad de que dejara la Antártida. Algo así como una honrosa excepción, en mérito a su prestigio bien ganado. Y entonces, en una de las visitas del rompehielos, el perro fue llevado a bordo y trasladado hasta Ushuaia, la capital de Tierra del Fuego.

En la ciudad a orillas del canal Beagle, fue recibido con cariño por uno de sus viejos compañeros de patrulla. Ahora, el hombre, que había dejado el Ejército, se dedicaba al turismo. Tenía un hotel, al que no por casualidad le había puesto el nombre de "Antártida".

Allí, desde el jardín del establecimiento, donde pasaba las tardes echado, Poncho descubrió un mundo nuevo. Por ejemplo, supo lo que era un niño, conoció los árboles y las plantas, los caballos, las moscas... Vio que había muchos perros también, pero muy diferentes de él.

En Ushuaia hacía calor. Sin embargo, le gustaba aquello: había gente entrando y saliendo del hotel todo el tiempo, y muchos se acercaban, lo acariciaban, admiraban su formidable porte de perro polar. Poncho disfrutaba además del respeto de los vecinos, que se enteraban de sus proezas y venían a conocerlo, y del cariño de los niños, a los que llevaba a pasear en un improvisado trineo, por las calles y sobre la bahía, que se congelaba en invierno.

Pasó el tiempo. Esos años en el hotel "Antártida" los vivió plácidamente, como correspondía a un "perro jubilado". O, mejor dicho, "retirado", ya que técnicamente era un viejo soldado. Como sea, bien se había ganado el descanso. Poncho llegó a vivir casi 18 años, una edad más alta que la que suelen alcanzar los perros en general y, muchísimo mayor que la de las razas caninas de gran tamaño. Quizás esta longevidad fuese consecuencia de su "cóctel de castas"; los que saben, dicen que los perros mestizos viven más.

También nos gustaría pensar que fue la intensa vida aventurera y el cariño de sus camaradas humanos los que lo ayudaron a mantenerse activo tanto tiempo. En una ocasión, Poncho sufrió un accidente en las calles de Ushuaia. El veterinario que lo atendió, aconsejó sacrificarlo, pero la familia se negó rotundamente. Ellos confiaban en la capacidad de Poncho para sobrevivir. Y así lo hizo: vivió algunos años más.

Una mañana de primavera de 1978, Poncho ya no despertó. Su gran cuerpo yacía en el jardín, inmóvil.

El legendario perro polar argentino fue llorado entonces como se llora a los más grandes héroes. Y como se llora a los amigos entrañables. Porque Poncho fue ambas cosas.

Con la mejor de las intenciones, alguien trató de embalsamar su cuerpo, para exhibirlo a las generaciones venideras. Pero por alguna razón misteriosa, el trabajo de taxidermia no prosperó.

Y así debía ser. Poncho no podía terminar confinado en una vitrina de museo. Él pertenecía a las inmensidades y ventiscas del Antártico; y seguramente allá regresó.

Está esperándonos, para tirar de nuestro trineo y guiarnos por la huella correcta: la que apunta al Sur.



PALABRAS FINALES

En 1961 (el mismo año en que nació Poncho) entró en vigencia el Tratado Antártico, un acuerdo internacional que fija las normas de convivencia pacífica entre los países que despliegan actividades en la Antártida.

Treinta años más tarde, en 1991, delegados de estos mismos países se reunieron en Madrid, España, y adoptaron el Protocolo al Tratado Antártico sobre la Protección del Medio Ambiente; allí se designó a la Antártida como una Reserva Natural mundial. Este "Protocolo de Madrid", como mejor se lo conoce, establece varios principios y procedimientos para la protección ambiental del continente blanco, entre los cuales está la prohibición de introducir "especies no autóctonas". El perro (*Canis lupus familiaris*) no es una especie nativa del ambiente antártico.

Puntualmente, el acuerdo ordenaba retirar a todos los perros antes de abril de 1994. En consecuencia, la Argentina, que es país signatario del Tratado, cumplió con su parte y organizó en etapas la penosa evacuación, base por base. Hacia el otoño del '94 ya no quedaban perros polares argentinos en la Antártida.

Algunos fueron llevados a la provincia de Mendoza, y entregados en custodia al Destacamento de la Gendarmería Nacional en Puente del Inca. Otros fueron a Copahue, provincia de Neuquén, y otros se enviaron a la provincia de Tierra del Fuego, más exactamente a Ushuaia, donde los distribuyeron entre distintas personas y entidades que ofrecieron hacerse cargo de su cuidado y mantenimiento: el Escuadrón 44 de la Gendarmería Nacional, el Centro Invernal "Tierra Mayor" (de la familia Giró), y el Centro de Actividades Invernales "Haruwen" (de la familia Muriel). Así pasaron sus últimos años de vida los animales que lograron sobrevivir, que fueron pocos.

Porque hay que decir, aunque duela, que la mayoría de los perros polares evacuados de las bases antárticas, murieron al poco tiempo: algunos por el agudo estrés del traslado, y muchos por enfermedades contra las que no tenían inmunidad debido a su prolongado aislamiento, lejos como habían estado toda su vida de otras poblaciones caninas. Y otros -podríamos conjeturar- simplemente habrán muerto de tristeza.

La Antártida era la tierra natal de los perros polares argentinos. Ellos pertenecían a ese lugar. Seguramente no eran una especie autóctona, nadie lo discute; pero tampoco lo es el ser humano, con sus hábitos destructivos y todos sus artefactos a motor, cuyos insumos y residuos (lubricantes, combustibles y chatarra) hacen más daño al ambiente que todas las jaurías que haya habido alguna vez en la Antártida.

Como decíamos en las PALABRAS INICIALES de este libro: ya no existen los perros polares argentinos. Pero el mito no ha muerto. En Ushuaia, la ciudad más austral y más cercana al continente antártico, quedan unos pocos descendientes de aquellos animales, ya muy mezclados con los perros locales. Pero, como herederos que son de esa estirpe desaparecida, todavía tiran de sus trineos con nobleza, a través de los valles nevados del extremo sur de América. Y sepamos esto: siempre, al menos uno de esos perros responde al nombre de Poncho. En efecto: de cada nueva generación de cachorros que nacen en su casa del valle de Tierra Mayor, la familia Giró elige a un macho de la camada, y lo bautiza con ese mismo nombre, Poncho, como un tributo merecido al más recordado perro polar argentino.



AGRADECIMIENTOS

- A la familia de Don Gustavo Giró, que fue en vida un sobresaliente expedicionario antártico y compañero de Poncho en muchas aventuras. Mientras estuvo en el Ejército, sus subordinados lo respetaban y admiraban de manera incondicional. Planificó y ejecutó, como Jefe, la Expedición Terrestre Invernal Antártica de 1962, y luego la Primera Expedición Terrestre Argentina al Polo Sur, en la que actuó como Segundo Jefe. Nunca hizo alardes. Pionero destacado del turismo antártico y fueguino, fue, además, un querido amigo. Sus relatos apasionados y las conversaciones que mantuvimos sobre la exploración polar inspiraron muchos pasajes de este libro.
- Al Teniente Coronel (R) Oscar R. Sosa, notable expedicionario antártico, primer oficial instructor de Poncho y compañero del perro en muchas aventuras. Divulgador de las actividades argentinas en la Antártida. Muchos episodios narrados en este libro provienen de su anecdotario y archivos personales, así como las fotografías, que generosamente ofreció para esta publicación.
- Al Suboficial Principal (R) Ramón Villar, esforzado expedicionario antártico, compañero de Poncho en muchas patrullas. Su testimonio fue clave para descifrar las características que hacían de este perro un personaje tan singular. Nos narró con emoción anécdotas que parecen tomadas de una novela de aventuras.
- A la gente de la Hemeroteca del Archivo del Museo del Fin del Mundo, especialmente a Carla Betanzos y Hugo Santos, que rastrearon información sobre Poncho en viejas publicaciones.
- A Tomás Moral y la gente de Radio Argentina (FM 98.1), de Ushuaia, que nos abrieron su estudio para grabar el audio con el texto leído de este libro.
- A Chacho Rodríguez Muñoz, periodista mayúsculo y un muy querido amigo y maestro. Gracias a él, a mediados de los años '80, recorrí buena parte de nuestra Antártida, que todavía era el hogar de los perros polares argentinos. Él hizo la primera lectura crítica de los textos que componen este trabajo.
- A los integrantes de la Comisión Organizadora de la 3ra. Edición de la Semana de la Antártida (2009), que me convocaron para que contara la historia de Poncho, sin imaginar quizás que me regalaban días de intensa dicha, y la ocasión de volver al oficio de escribir, poniendo en mis manos un material histórico tan precioso. Por la confianza sin fisuras que pusieron en mi trabajo, gracias.

SE BUSCAN TESTIMONIOS Y FOTOS

Ojala hubiese habido más tiempo para elaborar mejor este trabajo sobre Poncho y los perros polares argentinos. Seguramente los AGRADECIMIENTOS ocuparían varias páginas. Pero no nos fue posible entrevistar a todas las personas que hubiésemos querido, ni pudimos tomar contacto con fuentes secundarias de información y documentación. Debido a la premura por entrar en imprenta, quedó "en el tintero" mucho material inédito, sobre todo testimonios y fotografías de varios otros antárticos que tuvieron la fortuna de haber trabajado con trineos de perros. Esta historia podría haberse enriquecido con el relato y las imágenes de sus vivencias.

También, a medida que avanzábamos en la edición, surgieron unas cuantas ideas interesantes, que no llegamos a incluir, pero que ya engrosan una carpeta con miras a una versión ampliada y corregida. Acaso ya no sea algo exclusivo sobre Poncho, sino extensivo a todos los perros y hombres que, juntos, trabajaron en nuestra Antártida durante la segunda mitad del Siglo XX.

No es tarde. Si entre los lectores hay quienes consideran que pueden aportar datos, correcciones o imágenes para esa nueva investigación, colaborando así con la difusión de los temas antárticos y, sobre todo, con el homenaje que todavía le debemos como país a nuestros perros polares, pueden escribir a: emiliourrutu@hotmail.com

¿UN MONUMENTO A PONCHO?

Como decíamos antes en el relato, la fama de Poncho sigue viva al menos en Ushuaia, capital de la Tierra del Fuego, que es además la ciudad más austral y la más cercana a la Antártida. Aquí un comercio lleva el nombre del perro, y así también se llama una asociación deportiva dedicada a formar conductores de trineos de perros (o "mushers", como mejor se los conoce).

Este año, un grupo de vecinos de nuestra ciudad se ha propuesto rendir homenaje al perro polar argentino a través de un monumento, con la reproducción de su figura a tamaño real, que se emplazaría en el Paseo de Pioneros Antárticos, sobre la avenida costanera Maipú, a orillas del canal Beagle.

Los interesados en participar de esta iniciativa, pueden escribir a: pablofanush@yahoo.com.ar

EPÍGRAFE DE LA FOTO DE TAPA:

Volviendo del mar de Weddell, cerca de la hoy desaparecida Base "Belgrano", con carne fresca de foca para alimentar a los perros (diciembre de 1966). Ese saludable cambio de dieta les ponía el pelaje brillante y untuoso; la nieve no se les pegaba. El perro que se ve adelante es Poncho. El que está más cerca del trineo, a la derecha, es Mate, un cachorro, hijo de Poncho y Doly. Era ésa la primera vez que ataban al joven Mate al trineo, y estaba en la yunta junto a Feo, para entonces un veterano de pocas pulgas que enseguida lo hizo marcar el paso. (Gentileza: Oscar Sosa)

EPÍGRAFES DE LAS DEMÁS FOTOS:

1. Cachorros de perro polar en una base antártica argentina, posiblemente "Esperanza" o "San Martín", en los años 60. Muy cerca, a la izquierda, se ve un galpón Omega y un trineo tipo "Nansen", utilizado para las patrullas y expediciones con perros. La instrucción de Poncho comenzó haciendo "slalom" en una línea de postes telefónicos como los que aparecen en la foto. (Foto de archivo, Ejército Argentino)
2. Sobre el mar congelado, en la bahía Duse (1963). En la foto 1, al fondo se ve el canal Príncipe Gustavo y la isla Huevo y la Isla Ross. A la derecha, la Península Antártica (Tierra de San Martín). Poncho, como siempre en los descansos, se daba vuelta y miraba hacia el conductor del trineo. La foto 2 fue tomada el mismo día y lugar, sólo que desde el frente del tiro de perros. Al fondo, las cumbres nevadas de la Península Antártica. (Gentileza: Oscar Sosa)
3. Poncho en uno de los campamentos en la zona de la caleta Jardinerero (1966), durante la Expedición por la Barrera de Hielos de Filchner. (Gentileza: Oscar Sosa)
4. Otra imagen de Poncho en la caleta Jardinerero (1966). Detrás se ve uno de los tractores Sno-cat 743-A que se utilizaron en la Expedición Argentina Terrestre al Polo Sur (1965) y en la Expedición por la Barrera de Hielos de Filchner (1966). (Gentileza: Oscar Sosa)
5. Un remolque-jaula transporta a la jauría de Poncho, durante el cruce de la Barrera de Hielos de Filchner (1966). En las zonas más difíciles, con grietas peligrosas, se bajaba a los perros y se armaban los trineos "Nansen", que iban al frente de la marcha, para avanzar con mayor seguridad. (Gentileza: Oscar Sosa)
6. En el jardín del Hotel Antártida, en Ushuaia, durante un invierno de mediados de los años 70. El veterano perro-guía goza de un retiro honorable, al cuidado de un viejo camarada de patrulla. Al fondo se ve el canal Beagle. (Gentileza: Familia Giró)